



JOSÉ MARÍA CANTILO

LA FAMILIA QUILLANGO

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

JOSÉ MARÍA CANTILO

LA FAMILIA QUILLANGO

Indice:

Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII

I

Don Santiago Quillango era un hombre feliz: tanto como puede serlo un individuo que ha llegado a los 60 años con una esposa, cuatro hijas, una estancia con tres mil vacas, casa en la capital y treinta mil patacones en el Banco de la Provincia.

Don Santiago era grueso de cara, de cuello, de pecho, de estómago, de vientre y de piernas: su estatura mediana y algo cambado.

Su fisonomía era abierta y franca hasta fastidiar al que lo veía, sus cabellos eran castaños, sus ojos negros, pequeños y vivos; su nariz corta y ancha con dos agujeros que parecían ojos por lo visibles; su boca grande, cortada en tajo y estirada por las constantes afeitadas con que se mantenía sin bigote D. Santiago.

De temperamento sanguíneo exagerado y de buen diente, el Sr. Quillango tenía las mejillas siempre encendidas y hacía resaltar aquel apelonado color la barba escasa, castaña, crespa y dura que a manera de barbijo circundaba su rostro.

Doña Concepción Calventos, esposa de D. Santiago, tenía cincuenta años y era flaca y muy alta. Su mirada era terrible. Las cejas constantemente contraídas, sus ojillos grises, su nariz afilada, su labio inferior algo saliente y la actitud agresiva de su cabeza, le daban un aspecto de dominio y malhumor, que contrastaba con el semblante plácido y benévolo de su marido.

Llamábanse las hijas de estos padres, Andrea, Casilda y Tránsito, y eran las tres de un parecido tal, que bastaría al lector conocer una para sacar por la cara y aspecto a las demás, confundiendo sus nombres si las viera juntas.

Rubias, de pelo colorado, flacas como la madre, bajas como el padre, de boca grande como sus manos y sus pies, de color blanco amarilloso, de ojos celestes desteñidos, de frente y mejillas cubiertas de pecas, las tres hermanas se hallaban unas a otras feas y antipáticas y de ahí probablemente el malestar profundo que reinaba entre ellas, sus continuas

reyertas y burlas y la contradicción constante en que vivían.

Aquel grupo de familia, no hay que decirlo, vivía anarquizado.

Don Santiago Quillango, pacífico por naturaleza y por instinto, era el

Ecce homo de la madre y las hijas.

De sus labios no salían sino sonrisas, y en los momentos críticos, cuando

llovían los dicitos o se formulaba contra su persona una serie de

cargos, él apenas balbuceaba disculpas pestañeando con tan acelerado

movimiento de párpados, que parecía un muñeco obedeciendo a un resorte.

Y sin embargo, D. Santiago declaraba a todos los que querían y no querían

oírle, que era un hombre feliz.

Y a su juicio lo era efectivamente, porque para él la felicidad consistía

exclusivamente en tener siempre una buena mesa, mucha lana que vender en

verano y dormir mucho en el invierno.

De vez en cuando hacía sus viajes a su estancia y no recibía mientras

estaba ausente sino una o dos cartas de su mujer pidiéndole dinero o

mandándole alguna cuenta, y a vuelta de galera venían fondos por la

agencia para D^a Concepción Calventos de Quillango.

La familia Quillango había vivido siempre retirada: los instintos y la

educación de sus miembros los mantenía alejados de todo centro de sociedad

distinguida.

Vivían en los suburbios en una casa grande, espaciosa, con tres patios,

corral y huerta: gran puerta de cedro a la calle, los patios

enladrillados, las piezas con papeles ordinarios, manchados y algo rotos

en los alrededores de las camas.

En la sala había una alfombra descolorida, un piano de caoba oscuro, desafinado: sus teclas amarillas parecían dientes de vieja, y formaba el pedal una lira de bronce a la que le faltaba una cuerda, amén de no ceder a la presión del pie.

Dos rinconeras con fanales dentro de los cuales habían dos canastas de papel una rosada y otra azul; un espejo pequeño de luna ordinaria sobre el piano, una mesa de madera negra con cuatro patas, figurando grandes garras de una fiera desconocida (quizá las de D^a Concepción) y encima de la mesa una lámpara de kerosene con pantalla de flores de papel, dos cajas de cartón recuerdo del primer Corso, como decía Andrea, un perrito hecho de lana teniendo dos cuentas negras por ojos, una de ellas rota y algo caída del hilo, un florero forma Catedral sin un asa y en él un ramo de flores del mismo género de las de la pantalla; frente al piano y contra la pared un gran sofá de caoba y crin, con remolinos, como las cabezas de los muchachos y con puntas de crines que pinchaban como alfileres; una alfombrita cuyo dibujo representaba un perro y un gato en actitud hostil y agresiva (quizá era una alusión al grupo de la familia); sillones y sillas de caoba y esterilla contra la pared; muchos retratos al daguerrotipo sobre el sofá, en tal estado, que al mostrarlos la familia Quillango a alguna visita, colocaban a ésta en el paraje desde el cual medio se alcanzaba a divisar un bulto en el centro del cuadro.

Esa era la sala de la casa.

Seguía a ella el escritorio de D. Santiago, como pomposamente decía D^a

Concepción, obligándole a su marido a rectificar cuando decía voy a escribir , asegurando que debía decirse voy al escritorio .

Una mesa, seis sillas, un sillón de paja, varios cuadros, un estante de libros: he ahí el mueblaje del escritorio.

En la mesa había un gran tintero de barro cocido, pintado de negro y con toscos golpes de polvos de bronce: representaba a Laocoonte y sus hijos, y D. Santiago, D^a Concepción y las hijas de estos decían que "aquello había pasado una vez en una casa a donde se habían entrado unas serpientes a la hora de la siesta".

¿De qué año era la mesa escritorio de D. Santiago? ¿A qué época pertenecía? ¿Dónde había podido comprarse aquel rico mueble en un tiempo, hoy echado a perder por las composturas y remiendos de pino pintado, por los tajos hechos de propósito con cortaplumas?

Imposible averiguar la historia de aquella pieza de jacarandá, llena de molduras, con graciosos filetes de bronce hoy destruidos, con sus ocho cajones cuyos frentes era un enjambre de dibujos de mérito.

Doña Concepción decía que aquel mueble lo había comprado en la calle de la Federación .

La cartera que en la mesa servía para escribir, era un empedrado de cuentas y mostacillas: de lejos creía uno que era un incendio, algo más cerca parecían frutas, después flores, más tarde una escena infernal y por último, lo que se ponía a tiro de certidumbre, se caía en que todo aquello eran letreros que decían:

"Recuerdo a nuestro querido papá, en el día de su nacimiento (tal cual). - 31 de Mayo de 1870. - Sus hijas le dedican este recuerdo".

Aquel frontis tenía la loca alegría de un carnaval por los colores y traía a la vez un recuerdo de cementerio: parecía una lápida por su dedicatoria. ¿Cómo podía escribir D. Santiago sobre aquella cartera? De ningún modo, porque él como su mujer y sus hijas cuando escribían en aquella mesa, lo hacían poniendo a un lado la cartera, era imposible escribir sobre aquel verdadero empedrado.

Además del tintero de barro cocido, D. Santiago tenía otro de su preferencia, de mármol de la Sierra de la Tinta del Tandil, obra de arte pampeano debida a la mano del capataz de la estancia El Pajarito , de propiedad del Sr. Santiago Quillango.

El susodicho capataz había tallado una torre de ocho lados, con una gran base cuadrada y arriba en la cúspide de la torre, que tendría una cuarta de alto, estaba el pozo, es decir el depósito de la tinta.

Las rectas eran dudosas, las proporciones estúpidas. En los ocho lados que tenía la torre había dibujos incomprensibles, destacándose en uno de aquellos, en dimensiones que acusaban el gozo secreto del proyecto de artista, la marca del establecimiento que D. Santiago compró en la testamentaría de su padre.

Aquel tintero tenía dos millones de defectos, pero el más grave de todos era la altura; de ahí que la pluma tropezara a menudo y el famoso monumento se cayera sobre la mesa llenándolo todo de tinta, con grandes gritos de las hijas y apóstrofes insultantes de la madre dirigidos al

bonachón de D. Santiago que no sabía decir otra cosa que: ¡si no es nada!

¡si no es nada!

La biblioteca de D. Santiago era curiosa. Doy su catálogo porque es digno de conocerse:

-Manual del estanciero (sin tapas).

-Thiers, Historia de la Revolución Francesa, I tomo.

-Anales de la Sociedad Rural, 2 tomos trancos rotos y muy usados.

-Manual del cabo y sargento.

-Camino del Cielo o sea arte de vivir en gracia.

-Manual del jardinero.

-Manual de cocina, lleno de papeles señalando páginas.

-Los tres mosqueteros.

-Lafuente, Historia de España, 1 tomo.

-Dos libros en alemán.

-Las iras de Satanás o los grandes dramas de la existencia, novela en 4 tomos, por D. Alejandro de la Cruz Tronchada. El Sr. Quillango se suscribió a ella cuando se repartía por entregas y la mandó encuadernar y poner en marco las láminas que adornaban después las paredes del escritorio.

-Los siete pecados capitales, 2 tomos.

-Medicina popular o sea el Recetario al alcance de todos, anónimo.

-Historia de los Papas, trunco.

-Ramilletes fragantes, poesías de autores desconocidos.

- Historia de un malvado, novela por D. Andrés Terrible.
- Geografía Universal, 1 tomo, con los cantos hechos pedazos.
- Folletos, 2 tomos (almanaques, guías, tesis de médicos y abogados, Registro oficial del año 53, etc., etc.).
- La raza caballar, 1 tomo.
- La Biblia.
- La Dama de las Camelias.
- Manual del zapatero.
- Los ferrocarriles del mundo, trunco.
- Estudio sobre los bichos colorados, con láminas, anónimo.
- Obras de Lord Byron, en inglés, trunco.
- Los pleitos, los pleitistas y la gente de pega, novela de D. Hilarión del Escabeche, completa, las láminas clavadas con alfileres en el cuarto de Andrea.
- Historia de Belgrano, 1 tomo.
- Enfermedades del estómago, anónimo.
- Memorias del general Paz, 1 tomo.
- Diccionario de legislación de Escriche (comprado como un servicio de amistad por D^a Concepción a la viuda de un escribano).
- Fábulas de Iriarte.
- Ollendorf para aprender el inglés.
- El año cristiano.
- Arte de domar potros, anónimo, las láminas puestas en cuadro adornaban las paredes del escritorio.

-El terremoto de la Martinica, novela en 3 tomos, anónima.

-Biblioteca de la Juventud.

-Notas al Código Civil, 1 tomo.

Las demás tablas de la Biblioteca estaban ocupadas por una tijera de esquilar rota, muestras de lana, un churrinche embalsamado, un gran huevo de avestruz, un montón de semillas de alfalfa, una pila de latas para la esquila, un cuchillo cabo de plata, folletos, papeles, paquetes de cartas del mayordomo, etc.

Arriba del estante se veía un busto con media cabeza rota. Era Garibaldi hecho en yeso. Un día jugando al volante D. Santiago con una de sus hijas volteó el busto y aunque su hija corrió con el vestido tomado haciendo bolsa, el busto perdió la frente. Esto no impidió que dando grandes gritos, D^a Concepción volviere a colocarlo en su sitio.

En una de las paredes del cuarto se veía un gran cuadro. Era una vista de la estancia hecha por D. Santiago, simple aficionado... a los mamarrachos. D. Santiago cuando concibió la idea de hacer aquel desgraciado trabajo, compró una cajita de pinturas de diez pesos y pasó un mes en la estancia dedicado a su empresa.

Formaba el lienzo , lo llamaremos así, dos pliegos de papel pegados en sus bordes.

Había allí una casa torcida, animales raros, vacas que parecían ovejas, caballos que parecían burros, pasto que parecía un monte de duraznos, árboles que parecían hombres y hombres que tenían el aspecto de troncos o

de ramas.

Lo que estaba mejor eran los corrales: al menos las líneas iguales no dejaban duda de la intención.

Aquel era el escritorio de D. Santiago Quillango, donde el lector presenciara escenas que le llenarían de asombro.

Después del escritorio de don Santiago seguía el cuarto matrimonial con su enorme cama de jacarandá tallada, con grandes pilares y teniendo a la cabecera un altísimo respaldo con labores: en las paredes de éste una media docena de cuadros al óleo, casi borrados, de mérito dudoso, cuyos temas eran escenas de la vida romana; una imagen de la Concepción, un Cristo tallado, obra escandalosa de algún desalmado cortador de madera; una rinconera con una palma bendita de una vara de alto, trenzada de ocho, en dos partes, y salpicada de moños de raso color ladrillo y azules; un gran lavatorio de caoba con un cajón sin perillas, sobre él un juego de loza piedra con la jarra sin asa, la palangana con un pico y la jabonera punzó con medallones con cabezas griegas; un sofá de caoba y crin, una mesita de noche y sobre ella un gran candelero de loza y una caja de rapé que vivía allí y era de pertenencia exclusiva de Doña Concepción; cuatro sillas anchas de caoba y esterilla en el asiento y en el respaldo... Todo esto formaba el cuarto de los esposos.

Seguía después el comedor que tenía sólo una larga mesa de caoba, un aparador de ídem muy maltratado, sin perillas en los cajones, sin llaves y con grandes trozos de chapa arrancados o caídos; una docena de sillas, dos alacenas, y sobre el marco de la chimenea unos cuantos muñecos de

porcelana pintada, y un reloj americano descompuesto y sin minuterero.

Después del comedor ocupaban tres piezas las señoritas Quillango.

¿Para qué describirlas? Eran análogas en sus muebles a las anteriores, con sus tres camas de hierro iguales, con sus idénticas colchas de damasco amarillo, sus tres lavatorios pequeños de hierro y sus tres estantes de pino pintado de colorado, no imitando, sino insultando a las hermosas vetas de la caoba legítima.

Debemos hacer una salvedad: en el cuarto de Andrea, la más presumida de las hermanas, había un tocador , hecho, arreglado, o dispuesto por aquélla.

Formaba este tocador un cajón de pino en que envió de su estancia una vez don Santiago dos avestruces pichones (que llegaron muertos). Este cajón estaba forrado de damasco de lana color verde; sobre él y clavado en la pared había un espejo de pésima luna, marco de pino con viruelas rojas y sobre ellas un barniz que brillaba como la luna del espejo. De un gran clavo colocado a distancia de un metro y medio de la mesa, pendían dos cortinillas de muselina que se abrían dando paso al espejo, cortinillas tan ajadas y manoseadas que parecían de papel de seda.

Aquel tocador soportaba el peso de infinidad de zarandajas recogidas por Andrea de yapas de tiendas, mercerías, baratillos y almacenes, amén de algunos regalos hechos por la ventana en dos o tres carnavales por vecinos de la casa, grandes jugadores a huevos y bombas. Queda por describir el resto de la casa.

Cuarto de baño: Una tina de zinc inmensa y abollada, dos sillas y una mesa con una pata rota y recostada a la pared.

Patios: Plantas, en tinas y en el suelo, jaulas con jilgueros y cardenales, un loro en un aro de hierro pendiente del techo del segundo zaguán. - Aljibe y pozo.

Huerta: Varios árboles frutales, un gallinero de cañitas, patos, pavos, dos teros, gran cantidad de pollos, seis gansos, un charco de agua, tres sogas, ocupadas siempre con ropas para secar.

La casa estaba alumbrada a kerosene, y de noche un gran perro de agua echado en el zaguán hacía de farol de gas, según decía doña Concepción, refiriéndose a su vigilancia.

A la seis de la mañana todos se hallaban en pie: se almorzaba a las nueve, se comía a las cuatro y media y doña Concepción y don Santiago cenaban (y lo hacían en regla) a las diez, y a las diez y media todos dormían como los seres más felices de este mundo.

A aquella casa no iban otras visitas que las del barrio: dos viejos amigos de don Santiago, el boticario de la esquina que solía ir a tomar mate a las siete de la noche, y unas cuantas señoras bien vulgares y chismosas, razón por la cual congeniaban con doña Concepción.

Las hijas de esos visitantes eran amigas de las hijas de don Santiago y todas juntas estaban cortadas por la tijera del más refinado mal gusto, sobre el paño de la más dolorosa ignorancia.

No sospecharon jamás ni don Santiago ni doña Concepción que aquella vida monótona, que aquellas grescas domésticas, que aquella existencia tan

garantida por los cueros y las lanas, pudiera ser alterada por acontecimientos que habían de llegar a conmover profundamente su hogar.

II

Un día conversaban de sobremesa tres amigos en el Café de París, a eso de las 7 de la noche.

Eran tres jóvenes elegantes, de esos que viven en el año siguiente, por las deudas que les acarrea la vida de lujo y sibaritismo en que malgastan su salud y esterilizan su inteligencia.

La comida de aquel día había terminado alegremente. Humeaba el café en las tazas, y hacían compañía a éstas, pequeñas copas de cristal cortado, llenas de un oporto pálido de alto precio.

Los ricos y largos cigarros habanos recién encendidos perfumaban el ambiente con aroma agradable. Eran la firma puesta al pie de la cuenta que acababa de pagar uno de los anfitriones.

Sobre la mesa se veía una botella de Chambertín, una de Sauterne y dos medias de Château Larose que estaban vacías como las diversas copas en que se había servido cada vino; algunos restos de frutas, un poco de mayonesa caída sobre el mantel, platillos con sólo las señales de que allí hubo manteca, dos o tres rábanos, mucha miga de pan, algunas manchas de vino, cáscaras de queso, y unos ramilletes de flores que una vendedora acababa

de dejar a los jóvenes amigos.

Todo aquello acusaba una comida de gastrónomos.

A la verdad que eran aquellos tres buenos mozos, de hermosas cabezas, finos modales y trajes irreprochables: tenían los tres ciertos golpes de peine en el cabello, ciertos cortes de navaja en las barbas o bigotes, ciertos detalles de pecheras, botones de camisa, anillos, etc., que cuadraban admirablemente a sus maneras desenvueltas, de esas que no se adquieren en un día ni se pierden en cien años.

No era difícil calcular la edad de aquellos tres amigos; debían ser poco más o menos de la misma edad: 30 a 35 años.

Llamémosles Carlos, Daniel y Arturo y entremos de lleno a escuchar su conversación.

-Miren ustedes -decía Daniel, dirigiéndose a los otros dos-, sobre esta cuestión de cómo se vive bien, se come bien y se duerme bien, he pensado mucho sin hallar hasta hoy solución al problema. Una fortuna da tranquilidad de espíritu hasta para hacerse un sabio. Vaya uno a leer y estudiar cuando está preocupado del sastre, del peluquero o del sombrerero...

-Se renuncia al sastre, al peluquero y al sombrerero -interrumpió Carlos con una sonrisa burlona.

-Primero renuncio a la fortuna. No comprendo la vida sin buena ropa, perfume en el cabello y... ¡dinero!

-Es decir -terció Arturo-, que no podemos comprender la vida sin deudas.

¡A fe que lo sabemos!

-Luego el busilis -prosiguió Daniel-, está en encontrar la fortuna de alguna manera. ¿Cómo puede encaminarse uno a ese anhelado fin? Para mí por sólo tres caminos: un buen negocio, una lotería o una mujer rica...

-¿Aunque sea un espanto? -preguntó riéndose Arturo.

-¿Aunque sea una arpía? -preguntó a su vez Carlos.

-¡Aunque sea una espantosa arpía! -contestó resueltamente Daniel.

-Primero morirse -dijo Arturo.

-Mejor es suicidarse -añadió Carlos.

-Pues les digo a ustedes que así discurría yo también antes; pero estoy fastidiado de caritas bonitas y bolsillos vacíos. No soy de la escuela de contigo pan y cebolla, y me conozco lo bastante para saber que así no me he de morir. Eso de sentimiento y de corazón será muy bueno, y comprendo que haya jóvenes que se casen al entrar al mundo queriendo con toda su alma, pero a mi edad, ya cerca de los cuarenta... ya, no es posible alimentarse de ilusiones y esperanzas...

-¿Pero hablas seriamente o es el vino el que te inspira? -le interrumpió Carlos.

-Les hablo a ustedes con mi cabeza despejada. El buen marino no se marea, y ustedes conocen mi cabeza.

-Pues me asombran tus reflexiones -murmuró Arturo-, que dan por resultado esta aberración: ¡posibilidad de que te cases!

-¿Posibilidad dices? plan hecho y próximo a ponerse en ejecución.

-¿Qué dices? -exclamaron Carlos y Arturo con semblante sorprendido.

-Que era éste el postre que les reservaba. óiganme ustedes. Encerrado en el círculo formado por estas palabras, negocio feliz, lotería o casamiento, no tenía cómo elegir: elige quien puede libremente optar por uno, entre dos o tres caminos, pero cuando no es posible tomar sino una senda, se lanza uno a ella...

-¡Aunque lo lleve al infierno! -exclamó irónicamente Carlos.

-Sea, continuó Daniel, pero entre el infierno actual sin medios de fortuna y el infierno con riquezas prefiero este último.

-¿Cómo se busca una mujer rica y se alcanza su mano pronto?

-Es esto más difícil de lo que parece y aquí entra lo gracioso. Resuelto a casarme con una... fortuna, ¿a qué creen Vds., que acudí?

-A recorrer nombres propios...

-A las listas de los Clubs...

-Nada de eso: eso era salir de mi plan. ¡Acudí al... Registro Gráfico de la Provincia!

-Cada vez entiendo menos y me parece que te estás burlando de nosotros

-dijo Arturo.

-No tal, no hay tal burla. En el Registro Gráfico están las zonas de tierra de propiedad particular y por lo tanto...

-Buscabas un rico...

-¡Con una hija casadera y lo encontré!

-¡Mozo, Chartreuse verde! gritó Carlos riéndose de buena gana y echándose de brazos sobre la mesa como quien se dispone a oír algo muy interesante.

-Pues sí -continuó Daniel-, hallé mi hombre primero y ayer hallé mi mujer... Estudié el gran mapa una noche entera: tomé datos sobre posición de las tierras, cañadas, lagunas, arroyos y sobre todo, de las leguas pertenecientes a cada propietario. Encontré un nombre que tenía cinco leguas en el partido de... ¡nada menos que en este partido!

-¡Eres un cínico! -murmuró Arturo, moviendo la cabeza.

-Lo reconozco: te prevengo que es pobre esa clasificación para la que yo mismo me he dado. Con decirte que si hasta aquel momento tuve un alma, la colgué de la percha de mi cuarto de baño, te lo digo todo.

-Continúo. El propietario feliz de aquella zona deliciosa, con aguadas permanentes, pastos tiernos...

-Ya has estudiado a Pérez Mendoza y Lima.

-¡Podías ser mayordomo de un establecimiento!

-Digan Vds. todo lo que quieran después, pero déjenme explicar mis trabajos...

-Supe que el propietario de aquellas cinco leguas tenía en ellas muchas vacas, muchas ovejas, muchos... pesos: total de su fortuna, calculada por lo bajo, doscientos mil patacones.

-¡Doscientos mil patacones!

-¡Alabado sea ese señor!

-Pues sí, efectivos, reales, contantes casi en su totalidad.

-¿Y ese afortunado propietario se llama?

-¡Se llama D. Santiago Quillango! -exclamó Daniel levantando la cabeza y llevándose el pañuelo a la boca para ahogar una carcajada.

La risa de los tres amigos duró largo rato. Costaba reanudar la narración.

Daniel fue a llevar a los labios su copa de Chartreuse y estalló en otra carcajada salpicando con el licor a sus amigos y manchándose él la pechera y la levita.

Los tres se levantaron para seguir riéndose a no poder más.

En aquellos momentos D. Santiago Quillango tomaba tranquilamente mate con el boticario en la huerta de su casa, ambos en mangas de camisa, montados en sus sillas respectivas y uno enfrente del otro como dos gallos en pelea.

El bueno de D. Santiago no podía sospechar que a la misma hora su nombre levantaba tal tormenta de carcajadas estruendosas.

Costó mucho trabajo volver a la seriedad.

Sempé mismo no pudo menos que reírse, acercándose a la mesa a presenciar aquella escena alegre.

La presencia de Sempé hizo volver poco a poco a la mesa a los amigos, continuando Daniel su narración.

-Pues bien. D. Santiago Quillango es padre de tres hijas, feas como no han visto Vds. otras.

-Más que las de...

-Y las de...

-¡Mil veces más!

-¡Jesucristo!

-Las tres hijas del respetable D. Santiago Quillango...

-¡Mentira, la respetable es su fortuna!

-Esas tres ninfas se llaman Andrea, Casilda y... no me acuerdo de la tercera.

-Nombres de cueros recién descubiertos - dijo Arturo-, que tú tratas de adquirir...

-¡Saladerista! -vociferó Carlos tirándole una miga de pan a la cara.

-Todo sea por amor... ¡a las cinco leguas! Continúo por la centésima vez.
De las tres hijas...

- La más fea te llevarás -volvió a interrumpir Arturo.

-Exactamente. He elegido a Andrea; un espanto, una mujer horrible, llena de pecas, de pelo rojo, de formas grotescas, vulgar, ignorante...

-¡Vaya, eso y un remington sobre la frente es la misma cosa! -murmuró Arturo.

-Peor, porque un remington mata y Andrea promete los más horribles martirios a su futuro... si es que tengo la felicidad de que me acepte. D. Santiago Quillango es un infeliciano ; cobarde como una gallina, se mete bajo la cama a un grito de su mujer: no sabe más que vender la lana, cueros, astas, etc., cobrar, embolsar, depositar en el Banco...

-¡Depositarse en el Banco!

-Como Vds. oyen. Doña Concepción Calventos de Quillango es la horrible esposa de mi suegro...

-¡Luego ya te das por yerno!

-¡Sueño con esa dulce felicidad... de que la libreta de depósito esté a nombre de los dos!

Doña Concepción y sus hijas viven en los arrabales, en un caserón con veinte patios, corral, gallinas...

-¡Otra estancia!

-Pues, como que es de propiedad de mi futuro papá político y según el registro de contribución directa que vi ayer...

-¡Oh, previsión!

-Está valuada en veinte mil pesitos... Cómo me puse en comunicación con Andrea, lo van a saber también Vds.

-¿Entonces, ya le hablaste?

-No.

-¿Le escribiste?

-Sí.

-¿Y te contestó?

-Sí, y aquí tengo su contestación.

Y al decir esto Daniel sacó una cartera de cuero de Rusia y dentro de ella un papel rosado doblado en cuatro.

Desplegó la carta de Andrea y cayó de ella un pensamiento seco.

Los tres amigos rieron de nuevo a descostillarse, según la frase consagrada.

-¡Yo creía que iba a caer de la carta una flor de cardo! -dijo Arturo.

-Y yo un vellón de lana -añadió Carlos.

-Voy a leer... es decir, voy a traducir... es decir, voy a descifrar...

-Pues, patas de moscas...

-De ovejas -dijo seriamente Daniel- ¡miren Vds. el tamaño de la letra!

Daniel pasó la carta a sus dos amigos, disputándose cada uno el derecho de leerla primero.

Arturo la arrebató de manos de Carlos y cediendo éste y Daniel se puso a leer a media voz, suspendiendo la lectura a cada momento para mostrar el original a los otros.

La carta estaba concebida textualmente en estos términos.

"Cabayero - Tomo la pluma para escribirle a V. contestando su biyete que mea echo sufrir loque V. no tiene una idea apenas la resivi mescondi pa lerlo sola escondida pero no savia loque me pazava de ber su atrebimiento se conoce que V. no conose ami mama y mi papa que son muy rigido y llo soy muy virtuosa asies que no zavia que hacer hasta que me resolbi acontestarle porque considero que V. es un ombre desente incapas de engañar auna povre niña como llo V. me pide una sita y llo no puedo aseder aeso mas bien agase presentar con un amigo y lindico pa eso a mi primo Valdomeros que es empliao y V. deve conoser pues esempliao como le digo no tengo inconbeniente en asetar su amor espero pase por casa todas las tardes lo esperaré en la puerta ola bentana llo sufro mucho espero que no aorará deligencia por nuestra felicidad no me olbide su serbidora".

Andrea Quillanqo

-Es un plan bien curioso -dijo Arturo al terminar-, que bien llevado puede dar por resultado que seas dueño de Andrea...

-Y de los millones consabidos -añadió Carlos.

-Y lo que es por ahora, puede costarnos la risa una enfermedad -volvió a

decir Arturo.

-¡Pero Vds. no me dejan terminar! -exclamó Daniel con impaciencia.

-Luego tienes algo más...

-¡Pero mucho más! Ese Baldomero...

- ¡Valdomeros! -gritó Carlos.

-Ese primo de mi futura es empleado...

- ¡Empliao! ...

-¡En el telegrafttttttt! -como dice Cubas en la Familia improvisada .

-Pues como decía, ese Baldomero es ya, ¡mi amigo!

-¡Nuestro amigo!

-Exactamente. Mañana come con nosotros.

-¡Sempé! -gritó Carlos-, para mañana una comida para cuatro... y ¡criolla!

-Es -continuó Daniel-, un paisanito refinado, con levita negra muy prendida, pantalón ancho, zapato y sombrero chambergo. Usa toda la barba, que es un monte espeso impenetrable, fuma todo el día cigarros negros, uno tras de otro; es pasionista furioso de las riñas de gallos, a las que es infaltable los domingos...

-¡Magnífico! Y ¿cómo hiciste amistad con él?

-En sólo media hora. Fui el primer día a su mesa, inventé un asunto en despacho, me invitó a sentarme, trabamos conversación y de uno en otro tema llegó la hora de irse.

Salimos los dos juntos.

-Para dónde va Vd.? -me preguntó.

-Por donde Vd. vaya, me es indiferente; es temprano para retirarme. Si usted no tiene inconveniente, caminaremos unas cuadras.

Lo acompañé hasta su casa y allí le dejé una tarjeta mía, negándome a entrar, porque me pareció ya demasiado.

Al día siguiente me quedé en casa y le escribí cuatro líneas muy atentas pidiéndole tuviera la bondad de verme porque tenía algo que encargarle y me encontraba indispuesto.

A las cuatro y media Baldomero golpeaba la puerta de casa y un momento después nos encontramos en mi cuarto bebiendo cerveza como dos grandes amigos.

Le propuse un negocio que él aceptó inmediatamente.

Le ofrecí una comisión de tres mil pesos.

El negocio era... pero esto se los contaré después. Lo que les interesa a Vds. es saber el estado actual de mi negocio, es decir, ¿de mi casamiento.

-¡Lo primero, lo primero! ¡el negocio!

-Pues bien, Baldomero habló de todo, de política, de riquezas y pobrezas, de la injusticia que se hacía en posponerlo cuando tenía su empleo desde 1868, para el primer cólera, como él decía.

-Pero no hay vacante allí ahora -le interrumpí.

-Sí, pero va a haber.

-Pues cuente Vd. con que será ascendido...

-¿Cómo? será posible que Vd.,..

-¿Y cómo no, amigo? A mí me gusta servir a los amigos.

Yo lo conocía a Vd. mucho de vista ; me ha sido siempre simpático y ahora

con más razón...

-Es decir que Vd. podría...

-Délo por seguro. El jefe de su oficina es íntimo amigo mío. Délo por seguro.

Baldomero se levantó y me estrechó las dos manos. éramos ya dos grandes amigos.

Rodó la conversación sobre muchachas lindas y feas.

Yo le hice largas digresiones sobre las mujeres; le conté historias de aventuras que aseguré me habían acontecido y por supuesto yo era siempre en ellas un Lovelace irresistible.

Baldomero estaba con la boca abierta.

De repente le dije mirándolo de frente:

-Hombre, Vd. tiene unas primitas muy interesantes.

-¿Quién? ¿yo? ¡ah! ¿las de Quillango? ¿Vd. las conoce?

-Hace mucho tiempo. Es decir conozco a una a la que le huyo...

-¿Qué me cuenta? ¿y por qué le huye?

-Amigo, porque es una mujer muy interesante...

-¿Cuál? ¿Casilda?

-No, me parece que se llama Andrea.

-¡Ah! exclamó mirándome azorado.

-Pues sí, varias veces he estado tentado de hacerme presentar y...

-¿Y qué hace pues?

-¡El miedo al casamiento, amigo don Baldomero!

-¡Y mi tío don Santiago que es lo más bueno !

-¿Sí? no lo conozco sino de vista.

-Si quiere lo presento.

-Más adelante, otro día, en fin, allá veremos.

Así terminó ese día, es decir anteayer, nuestra conversación. Ayer cuando me sentaba a almorzar recibí una carta de Baldomero por la cual me invitaba a comer con él, en su casa.

-¿Y aceptaste? ¿y fuiste? -interrumpieron Carlos y Arturo.

-Y acepté, y fui, y comí y charlamos y... todo quedó admirablemente arreglado. Mañana seré presentado en casa de mi idolatrada Andrea...

-¿Y dices que mañana también comerá aquí Baldomero?

-Sí, pero sólo conmigo. Vds. van a echar a perder todo mi plan.

-¡Las once de la noche! -exclamó Arturo parándose-, y yo que tengo que ir al jardín Florida...

-Y yo a acostarme y soñar con mi Andrea - dijo Daniel riéndose de buena gana.

-¡Y yo tengo miedo de soñar con la doña Concepción y don Santiago! -añadió Carlos.

Los tres amigos siguieron conversando hasta despedirse en la puerta, tomando cada cual por rumbo distinto.

DOS DIAS DESPUES

¿Qué pasaba dos días después en casa de don Santiago?

Baldomero apareció allí a la hora del almuerzo.

-¡Ahí está Baldomero! -gritaron las muchachas levantándose de la mesa en tropel.

Baldomero entró y le acosaron a quejas y preguntas.

-¿Qué milagro es éste?

-¡Dichosos los ojos que te ven!

-¿Qué te habías hecho, sobrino?

-Hace como un mes que no te veíamos.

-¿Y tu mamá?

-¿Y tus hermanas?

-¿Has almorzado?

Baldomero que conocía a sus tíos y sus primas no contestó nada, tomó una silla y se sentó en la mesa sin más preámbulo, diciendo:

-Voy a almorzar.

-¿Y qué traes de nuevo? -preguntó don Santiago comiéndose dos rábanos.

-¡Ah! mi tío, ¡tenemos mucho que hablar!

Andrea se puso blanca como el mantel.

-Mi tío, mire la cara de Andrea...

-Andrea está débil -dijo doña Concepción.

-Si no come nada esta niña -murmuró don Santiago, mordiendo un buen pedazo de pan.

-Nada de eso, nada de eso mi tío. Parece que Andrea... tiene por ahí alguna cosa...

-¡Qué ocurrencia! -exclamó doña Concepción- Cómo si no supiera yo que no hay nada...

-Pues no sabe Vd. nada mi tía... ¿no es verdad Andrea?

-Ya sé que estás burlándote de mí, por eso no te digo nada.

-Vas a comer un pastel de choclo, sobrino -murmuró don Santiago...

-¡Jesús! -le interrumpió su esposa-, este Santiago no piensa sino en comer, aunque se trate...

-¡Del casamiento de mi prima Andrea! -gritó Baldomero tirándole a ésta una pelotilla de pan.

Andrea se puso roja como su cabello: las hermanas chillaron, se levantaron, la abrazaron, la hablaron en el oído, se rieron a carcajadas; los esposos miraron sorprendidos a Baldomero, la chinilla que servía la mesa salió corriendo para adentro. En suma, reinó la más grande confusión sin que Andrea pudiera decir una palabra a su favor.

-¿Hablas serio? -preguntó doña Concepción con una mirada terrible.

-Formalmente mi tía. Hay un mozo interesado: me ha pedido que lo presente...

-¿Te ha pedido?... -dijo don Santiago dejando caer una papa de la boca.

-Te ha pedido que lo... -murmuró doña Concepción con el semblante radiante

de felicidad.

-¿Que le presentes? -gritaron las muchachas, incluso Andrea que no pudo contenerse y corrió a abrazar a su madre. ésta, sorprendida, le dijo:

-Luego, ¿lo conoces?

-Sí, mamá.

-¡Y no me habías dicho nada!

-¡Tenía vergüenza!

-¡Vergüenza de tus padres!

-Perdóneme, mamá.

-¿Y dónde lo has visto?

-Pasaba por aquí todas las tardes...

-Sea lo que sea... -terció Baldomero- ¡aquí está el retrato de mi futuro primo!

Y al decir esto sacó una hermosa fotografía de esas que salen de casa de Witcomb y Mackern.

Todos querían arrebatarse el retrato: triunfó doña Concepción que, levantándolo en el aire, corrió con él hasta una puerta.

-¡Qué buen mozo!

-¡Qué lindos ojos!

-¡Qué elegante!

Andrea decía a todo llena de satisfacción: ¡Ya lo creo!

Daniel había causado el mejor efecto: se había ganado la buena voluntad de todos.

Doña Concepción no podía disimular su inmensa satisfacción; pero su gozo

se trocó en rabia cuando vio que don Santiago le hacía los debidos honores a un choclo inmenso que mordía furiosamente.

-Pero Quillango, ¡sigues comiendo! ¡no te importa nada! ¡ni la felicidad de tus hijos! ¡Jesús, qué hombre!

-Es que esperaba el retrato...

-Tome papá -dijo Andrea pasándoselo.

Al tomarlo don Santiago quiso la fatalidad que se escapara de sus manos cayendo la tarjeta en un plato de caldo.

El lector puede imaginarse la algarabía que causó aquel desastre.

Doña Concepción se agarró la cabeza con las dos manos vociferando, las muchachas levantándose se atropellaron, Andrea metió la mano en el plato y llorando limpió el retrato con el pañuelo.

Baldomero acostumbrado a aquellas escenas edificantes pinchó una aceituna y se la echó a la boca con toda tranquilidad.

Pasados los primeros momentos, todo volvió a quicio, dándose amplias explicaciones por Baldomero de quién era Daniel, que aspecto tenía, lo simpático que era y lo rico que debía ser por la casa que ocupaba, los trajes que vestía, las joyas que llevaba sobre su cuerpo.

Andrea participaba de la alegría general dando suspiros, riéndose sola, torciéndose las manos y levantando los ojos al cielo con el semblante inundado del más infinito gozo.

Hasta el loro, estimulado por el bullicio de aquellas cotorras, comenzó a dar grandes gritos llamando a don Santiago y doña Concepción.

-¿Conque mañana va a venir? -preguntó ésta.

-Sí, mi tía, mañana a las ocho vendremos.

-¡Y yo tengo que irme mañana en el tren de las seis a la estancia!

-¡Pues no te irás! ¡vaya una ocurrencia! ¡ausentarse cuando viene una visita! ¡este Quillango tiene unas cosas!...

-Es que la esquila...

-¡Qué esquila me has dado a guardar! - vociferó doña Concepción derramando la leche con que servía el café...-¡Jesús! ¡mira lo que me has hecho hacer!

¡Ah! ¡Dios mío, si eres insoportable!

Don Santiago se sometió.

-Bueno, mi tía, vea cómo se porta Andrea.

-No faltaba más sino que también se hiciera la mona. ¿Cómo se ha de portar? Perfectamente: con toda atención; ya sabes que estas ocasiones no se desperdician. A bien que si andas lerda... Es preciso que te arregles bien y te pongas el vestido de seda azul con adornos rosados.

-Mejor es el verde mar -dijo Casilda.

-Mejor es el de percal blanco con motitas negras -murmuró Andrea- Con ese me conocí -añadió suspirando.

-Pues hija, con ese entonces. Puedes ponerte mis aros de esmeraldas.

-Yo te presto mi prendedor de ágata.

-Yo mi peineta de coral.

-Te pones una flor en la cabeza. Ahí está abriendo un jazmín.

-Más lindo es un ramito verde.

-Pues a mí me parece -dijo Andrea-, que lo mejor es una vincha de la cinta de gró celeste...

-Está manchada con aceite de la lamparita.

-Eso no se ve. Yo te arreglaré la cabeza hija. No perdamos tiempo. Es necesario hoy ponerse a arreglar la casa: todos tienen que ayudar, empezando por ti Quillango.

-Yo...

-Sí, tú. Tienes que arreglar tu escritorio.

-Está arreglado y...

-¡Qué ha de estar arreglado! Allí ha de ir a fumar ese señor contigo.

Debes invitarlo a comer, a que venga cuando quiera. Es natural que quiera conocer la casa. Vds. arreglan los patios; que la china barra bien todo.

Tú Casilda lavas los paños de crochet...

-¡El de las dos urracas está roto!

-Se zurce. Andá china poné planchas, y después lavá tu vestido negro y lustráte los zapatos, guardándolos bajo tu catre para mañana.

Tú, Tránsito, tienes que fregar bien el candelabro y el mate de plata y las saliveras de bronce, y después lustras el piano y estos otros muebles...

-Yo tengo nueces en mi cuarto -dijo Andrea.

-Y tú, Andrea -prosiguió doña Concepción con la gravedad de un general que da órdenes para librar una batalla-, tú tienes que estar en todas partes, arreglándolo todo. ¡Jesús! ¡Y no se mueven todavía! ¡Ah! ¡Qué diferencia

de mis tiempos!

-Bueno, mi tía, hasta mañana, entonces. De manera que puedo decirle a mi amigo que...

-Sí, sí, que lo esperamos mañana -exclamó Andrea.

-Pero bueno es que le expliques -dijo muy formalmente doña Concepción-, que viene a una casa...

-¡Ya! ¡ya! ¡no tenga Vd. cuidado!

-Conmigo no se ha de jugar ese mozo. Ante todo es preciso que sepa con qué gente va a tratar.

Baldomero se despidió para ir en busca de Daniel, haciendo así la rabona al empleo, y la familia Quillango se puso en movimiento.

Las muchachas y doña Concepción se levantaron los vestidos prendiéndoselos a la cintura con alfileres; se ataron las cabezas con grandes pañuelos de algodón de colores, y armadas de plumeros, de cepillos, de escobas, comenzaron a revolver la casa entera, sacudiendo alfombras, limpiando muebles, moviendo estantes, sacando sillas al patio, etc.

Don Santiago, con una escalerita de mala muerte, hacía viajes de un cuarto a otro repasando los cuadros.

En uno de los viajes con la escalera a cuestas se llevó por delante a Andrea, dándole un golpe en las narices: brotó la sangre, chilló la muchacha, corrió la madre y al ver lo que sucedía se cuadró como un sargento ante don Santiago y lo anonadó a improperios.

-¡Mira cómo has puesto a tu hija! ¡Más te valiera haberte ido a la estancia! ¡Virgen Santísima, si esto no tiene nombre! ¡Jesús, qué hombre

tan inútil! ¡qué zángano! ¡y tan luego a Andrea! ¡cómo va a presentarse mañana con las narices hinchadas!

Doña Concepción habló sola un cuarto de hora, mientras Casilda y Tránsito le lavaban las ya hinchadas narices de Andrea.

Don Santiago agarrado de la escalera no sabía qué hacer, hasta que a los gritos de doña Concepción se decidió a volver a su escritorio y encaramarse de nuevo a sacudir los cuadros.

Andrea había recibido un buen golpe y fue necesario curarla, poniéndole doña Concepción diversas unturas caseras, amén de un gran pañuelo de color con que le ató la cara.

¡Andrea estaba horripilante!

IV

Daniel, comiendo con Baldomero, supo lleno de gozo el buen recibimiento que le esperaba.

La noche convenida, a las ocho, partían en carruaje los dos amigos , en dirección a la casa de don Santiago Quillango.

En la puerta de calle la chinilla les salió al encuentro y sin darles tiempo a decir nada, les dijo:

-Dice la señora que pasen adelante.

Baldomero se adelantó golpeando las manos y apareció don Santiago haciendo

cortesías y sin acertar a decir otra cosa que:

-Pasen... sí... pasen... pasen...

La puerta de la sala se abrió con grandes rechinamientos de los goznes y se presentaron en grupo la madre y las hijas haciendo cortesías, tosiendo, tirándose el vestido.

-Mi tía doña Concepción Calventos de Quillango.

-Mi amigo, el señor don Daniel Campeón.

-Mi tío el señor don Santiago Quillango, mis primas Andrea, Casilda y

Tránsito...

-Esta casa está a su disposición -prorrumpió don Santiago sin poder dar en bola y entrando primero que las visitas a la sala.

La rueda se formó y reinó un instante de silencio.

-Podías traer el candelabro, Tránsito; está un poco oscura la sala -dijo

Doña Concepción.

-Está un poco oscura -murmuró como un eco don Santiago agitándose en la silla.

-Sí -repitió doña Concepción.

El gran candelabro fregado por Tránsito apareció en la sala con sus tres velas y alumbró el cuadro más original que puede imaginarse el lector.

Las tres muchachas y la madre eran unas máscaras. Todo lo más chabacano, lo del más refinado mal gusto lo tenían puesto.

Doña Concepción había sacado a luz un vestido de damasco floreado, con el que se había casado: el vestido ancho, aglobado, duro y lleno de pliegues

hacia la cintura, era bastante corto y dejaba ver un par de pies mal calzados con zapatos algo torcidos y medias coloradas.

En las manos se veían varios anillos con piedras, sobresaliendo uno de plata con un grueso brillante.

Tenía pendientes de las orejas unas largas caravanas de oro con esmeraldas, y en el pecho un gran prendedor, con retrato, marco dorado y cadenita que se unía al reloj colocado en la cintura con dos alfileres que brillaban acusando su existencia.

No hay que decir que aquel retrato era el de don Santiago cuando tenía 35 años.

Dos cintas de terciopelo chafado prendidas con alfileres hacían de pulseras, un enorme lazo en la cabeza y un inmenso abanico que tenía pintado de un lado el Vesubio en erupción, completaban el traje de doña Concepción.

Sus hijas tenían puestos vestidos de lanilla, con muchos colorinches, enmendados y corregidos, grandes flequillos sobre los ojos, adornos de todas clases, prendas diversas de oro y plata, cintas y sarandajas.

Andrea, más fea que nunca, tenía la nariz amoratada. Los remedios caseros no habían conseguido hacer desaparecer los vestigios del golpe paternal.

Andrea estaba casualmente al lado de Daniel. Seguía después doña Concepción, luego don Santiago, después Baldomero, y en el sofá Casilda y Tránsito.

-Mi amigo Baldomero -dijo Daniel-, me ha proporcionado la ocasión de conocer a Vds.

-Gracias -murmuró Andrea.

-La ocasión es para nosotros -dijo don Santiago, colorado como un tomate.

Daniel oyó impasible aquel disparate. Estaba dispuesto a todo con tal de llegar a su objeto.

-¿Tiene Vd. familia? -preguntó doña Concepción.

-Sí señora: tengo madre y dos hermanas...

-¿Muy crecidas? -interrumpió Andrea.

-Son señoritas ya.

-Tocarán el pianodijo muy resuelta Casilda.

- -Una de ellas, la mayor.

-¿Que se llama? -murmuró don Santiago.

-Elisa. ¿Y Vd. tiene tres niñas?

-Sí señor, las que Vd. ve... y una que perdió Concepción al nacer...

-Un niño que murió al nacer, mi tío -exclamó Baldomero. -Vd ha dicho que mi tía al nacer...

-Eso es, eso es, me equivoqué.

-Mucho calor... -dijo Andrea.

-Es verdad señorita.

-¡Ah! ¡si es una cosa que se sofoca una! -chilló doña Concepción agitando convulsivamente el abanico.

-Es la estación, señora; estamos en diciembre...

-La estación de las flores -dijo Baldomero echándose para atrás con aire satisfecho y como si hubiera dicho algo notable.

-¿El señor es afecto al campo? -preguntó don Santiago con la sonrisa más bondadosa de este mundo y pestañeando sin cesar.

-Sí señor, me gusta mucho. Tengo pasión por las flores.

-Pero no hay como el aire de las estancias -replicó don Santiago abriendo las narices como si lo respirara.

-Es verdad, señor: hace mucho tiempo que tengo los más grandes deseos de dar un paseo...

-Pues aproveche Vd., que yo me voy mañana...

-No puedo señor, son tantas mis ocupaciones.

-Y al señor lo que le ha de gustar es Flores o Belgrano: ¡la aristocracia!

-dijo contoneándose la señora de Quillango.

-Al contrario, señora. Soy el hombre más humilde y demócrata que Vd. puede figurarse.

-Qué gracioso está eso -interrumpió don Santiago con una carcajada, que era su salida cuando no entendía algo.

-Pues el día que usted quiera haremos un paseíto por el Pajarito ...

-¿Cómo, señor?

-¡Ah! ¿no sabe usted que así se llama mi estancia?

-No sabía.

-Pues sí, así se llama. Hay un gran arroyo, un puente, mucha caza, grandes montes...

-¡Me da envidia lo que usted me dice! Qué feliz es usted rodeado de sus cariñosas hijas, de su virtuosa esposa, con bienes de fortuna, al menos los suficientes para vivir tranquilamente...

-¡Qué señor don Daniel éste! -dijo Don Santiago, riéndose de buenas ganas.

-Es verdad que tengo alguna cosa...

-Unas pocas vacas y ovejas -murmuró doña Concepción -¡qué vale eso! En cambio el señor es...

-Corredor... -interrumpió Daniel.

-De calles -dijo Baldomero.

Todos se rieron, pero ninguno como don Santiago, que se secaba las lágrimas con el pañuelo y se apretaba el estómago como si se fuera a desmayar.

Daniel quiso seguir la broma con sonrisas, pero, la verdad sea dicha, no quedó muy en caja con la gracia de su amigo. Sucede a menudo que hay bromas que, dichas inocentemente y sin intención alguna, van a sorprender secretos pensamientos o encierran verdades amargas: esto pasó con Daniel que, efectivamente, no era más que un simple corredor de... calles.

-Un cigarrito negro -dijo don Santiago, sacando una petaca de cuero negro y reluciente por el uso.

-Gracias, gracias...

-¿Paja de trigo? -preguntó Baldomero.

-No de la Catedral -contestó don Santiago.

-¿Por qué no fuma Vd., Campeón? -se atrevió a murmurar dulcemente Andrea, sin levantar los ojos del suelo.

-Trátenos con toda confianza -terció doña Concepción-, ¿ya lo sabe Vd.?

Fume, fume no más.

-Fume Vd. -repitió Tránsito.

-Fume Vd. -agregó Casilda.

-¿Por qué no fuma Vd.? -gritó don Santiago- Vamos al escritorio: venga, vamos, pase con confianza, con confianza...

-Es que... gracias.

-Déjese de cumplimientos -dijo Andrea-, pase al escritorio.

La familia toda se levantó como bandada que alza el vuelo, y he ahí como Daniel tuvo, quieras que no quieras, que pasar al famoso escritorio de don Santiago.

Una vez en él y fumando como antiguos y buenos amigos, Daniel paseándose por el cuarto, se paró ante el magnífico cuadro que representaba la estancia del Pajarito .

-¡Hermoso establecimiento! -dijo cínicamente Daniel.

-¡Qué! no señor, una estancita, no más.

-Yo tengo en vista un campo, cerca del de usted.

-¿Qué me dice? ¿El de la coja o el de don Pancho el tuerto? son los únicos por allí...

-Eso es, el de la coja.

-Es media legua.

-Cabal. Piden...

-Seiscientos mil...

-No, quinientos... -dijo Daniel, mintiendo a más no poder.

-Pues han bajado. El año pasado se formó testamento por el hijo Bartolo, el del Horno, y él me ofreció el campo. Linda por un costado con

el mío.

-Vea como vamos a ser vecinos.

-¡Superior, amigo, superior! No hay como el negocio de campo: vea, este año yo he vendido la lana bien.

-¿A cómo?

-A 130 pesos toda: es verdad que toda es fina...

-¿Y cuánto importaba toda? -volvió a preguntar Daniel insistiendo sobre lo que a él le importaba particularmente.

-Como 260 y tantos mil pesos.

-Buen producto. De modo que al año la estancia le da...

-Como cuatrocientos mil pesos, fuera los aumentos.

Daniel soñaba con todo aquello; vacas, carneros, ovejas, dinero en el banco, etc., etc.

Sólo llevado de la mano de Andrea podía atravesar sobre un abismo a las riberas de la felicidad.

La familia Quillango entró en el escritorio y tomó asiento con un desparpajo asombroso. La chinilla soñolienta y con la cabeza revuelta apareció con el mate de plata que se lo pasaba de una mano a otra, tal estaba de caliente.

Daniel hizo proezas por mantenerlo en las suyas, pero era aquello imposible de realizar: apercibida Andrea sacó su pañuelo empapado en agua florida y se lo pasó ruborosa a Daniel. éste miró a Andrea con fijeza, se acordó del producto anual de la estancia y como un náufrago que se afana a

una tabla de salvación dijo:

-Lo acepto, señorita, porque es Vd. quien me lo da.

Doña Concepción carraspeó y se retorció las manos sacándose dos mentiras.

-Podías darle al señor unas florcita -dijo doña Concepción.

Andrea se levantó y se perdió en las piezas interiores. El ramillete estaba preparado hacía seis horas y colocado en el memorable tocador de Andrea. Al enfrentarse al espejo ésta se abalanzó a la caja de polvos, tomó el cisne y se dio veinte golpes en la cara con él, volviendo al escritorio y dejando temblorosa en manos de Daniel las flores consabidas.

-Gracias, Andrea -dijo Daniel suspirando y añadió en voz casi imperceptible: -¡las conservaré siempre conmigo!

Andrea se agitó en la silla poniéndose color tomate: aquella era una declaración y comprendiéndolo así quiso decir algo y no pudo. Su corazón le latía dentro del pecho como un tambor sobre el que se toca una llamada en son de alarma.

Aquella pobre mujer, ridícula en su traje, fea de cara, sin educación, sin nociones casi del lenguaje culto de la buena sociedad, sintió en su alma en aquel momento una ansiedad vaga mezclada a una tristeza profunda.

En pocos minutos y en una gran conmoción moral acababa de sentir agitarse en su cerebro una duda que abría un abismo ante sus ojos.

No hay mujer, por torpe e ignorante que sea, que no presienta las horas solemnes de su vida en que se juega su destino.

No hay mujer que no tenga en su corazón, si no en su cabeza, ese extraño y oculto sentimiento o esas súbitas revelaciones que la hacen capaz del

sacrificio o del martirio.

Andrea había experimentado hasta aquel momento las emociones comunes al atolondramiento y la monotonía de su vida: pero la mirada y las palabras de Daniel, aquella frente hermosa, aquel conjunto varonil, simpático, elegante, aquel timbre de voz, todo había producido, en un instante dado, una conmoción intensa de su ser, un sacudimiento de las fibras del corazón, una opresión angustiosa en el pecho, un temblor nervioso en las manos y, por fin, había sobrevenido este pensamiento terrible que hizo palidecer su semblante a punto de dejarlo cadavérico:

-¿Será todo esto una burla? ¿Seré yo el objeto de ella?

Y en aquella lucha secreta y rápida, el orgullo de un corazón honrado se sintió herido y una lágrima brotó de los ojos de Andrea que pasó desapercibida a los demás, menos a Daniel que si hasta aquel momento se había reído para sus adentros de la gran farsa que allí representaba, se sintió muy incomodado por aquella escena que no estaba en su programa, seguramente.

él quería una comedia y bien podría resultar un drama.

Daniel, después de un momento, se levantó para retirarse, y así lo hizo con Baldomero.

éste, ya en la calle, le dijo a su amigo:

-¿Y cómo le ha ido?

-Perfectamente: ¡Andrea es encantadora!

-¿Y qué hace, pues?

-Hombre, ya veremos: yo soy pobre y ella rica y mi delicadeza...

-Déjese de eso, mire: mi tío Santiago tiene necesidad de un hombre como usted para sus negocios: ni sabe lo que gana, no tiene administrador, él no más apunta en dos libretas. De seguro que todo eso lo había pensado...

-No me hable así, Baldomero; me ofenden sus palabras... -interrumpió Daniel en tono airado.

-¿Cómo? ¿Por qué... ?

-¿Qué tengo yo que hacer con la fortuna de don Santiago? Precisamente es eso lo que me impide hace tiempo solicitar la mano de Andrea. Lo que usted acaba de decirme encierra una verdadera ofensa, porque significaría que he pensado alguna vez que puedo llegar a ser partícipe de la fortuna de don Santiago, que mi visita de hoy y cariño por Andrea son interesados, que soy un negociante ruin...

-Amigo, usted no me ha entendido; le pido que me disculpe... yo no he tenido intención... tan luego usted...

Baldomero no sabía qué decir, tan sorprendido y arrepentido estaba de sus propias palabras.

Daniel supo hábilmente reanudar amistades, quedando su amigo dominado por completo para el futuro.

Cuando se despidieron, Baldomero estrechó con entusiasmo la mano de Daniel.

-No me guarde resentimiento...

-No, amigo.

-Déme la seguridad de que seremos siempre muy amigos...

-La tiene.

V

Al salir Baldomero y Daniel de la casa de don Santiago, la familia de éste se entregó a los más entusiastas comentarios sobre el pretendiente.

Los padres y las hermanas de Andrea hicieron las más grandes alabanzas de Daniel: por primera vez las opiniones de todos estaban de acuerdo. Sólo Andrea estaba callada.

Doña Concepción le increpó su falta de amabilidad.

-¡Si parecía que te habías tragado el palo de la escoba! ¡qué falta de atención! ¡qué indiferencia! ¡qué distracción para todo!

-¿Pero qué quería Vd. que dijera?

-Cualquier cosa -dijo don Santiago.

-Por supuesto -agregaron las hermanas-: es necesario que no lo pierdas, porque...

-Yo no puedo rogar que me quieran: si viene por mí que me lo diga y veremos después...

-Eso es, eso, hacéte la mona ahora. ¿Y qué más querés que ese mozo?

-vociferó la madre.

-¡Ya lo creo! -murmuró el padre.

-De esos hay pocos -agregó Casilda.

-¡Pues está bonito! -terció Tránsito con semblante provocador.

Andrea oyó impasible todo aquello: tenía contraídas las cejas y la mirada fija en el suelo: su preocupación estaba concentrada en esta idea: ¿seré objeto de una burla?

Toda la familia se retiró a dormir y a fe que lo hicieron bien, por la hora extraordinaria a que se acostaron: las once de la noche.

Andrea había dormido mal; había rezado mucho y había llorado sin saber por qué; cuando se levantó, ni su madre, ni sus hermanas, y menos, por supuesto, don Santiago, notaron los rastros de la mala noche impresos en el semblante de Andrea.

No era aquella gente para notar melancolías y hallar semblantes pálidos y quebrantados y todo siguió en la casa el orden natural, siendo siempre el tema obligado la visita de Daniel.

Habían transcurrido cuatro días de la dudosa visita, cuando a eso de las dos de la tarde golpearon la puerta de calle de la casa.

Salió Andrea a ver quién era y se encontró con un sirviente que llevaba un enorme ramo de pie, del que colgaba una tarjeta.

Era un obsequio de Daniel; en la tarjeta se leían estas palabras: Daniel Campeón se permite ofrecer a la señorita Andrea Quillango este ramo de flores .

Aquello causó el efecto de una bomba: se atropellaban las muchachas dando exclamaciones y el ramo pasaba de mano en mano, hasta que doña Concepción lo tomó y colocó sobre la mesa del comedor.

Una idea súbita alumbró el cerebro de doña Concepción y saliendo a despedir al sirviente, le dijo textualmente:

-Dígale Vd. al señor Campeón que tendremos mucho gusto en que nos acompañe a comer mañana a las seis: que lo esperamos: que para qué se ha incomodado: que la niña Andrea le agradece mucho su regalo: que lo extrañamos y que no se pierda. A ver si se acuerda, repita usted.

El sirviente de Daniel, zorro viejo en estas campañas, repitió todo el recado de doña Concepción y ésta quedó tan satisfecha que al retirarse aquél, exclamó dirigiéndose a sus hijas:

-¡Qué alhaja de sirviente! ¡vaya, es un hombre este Daniel completo!
¡Andrea, te has sacado una lotería!

Andrea hizo esfuerzos inauditos por sonreírse y seguir las bromas, pero su imaginación siempre preocupada y su instinto le decían para sus adentros, que todo aquello no era sincero; que ella no era capaz de inspirar amor a Daniel.

En este orden de ideas se hizo prevenida y desconfiada y devoró en silencio sus dudas, comprendiendo desde el primer momento que no sería comprendida por ninguno de los que la rodeaban, incluso sus padres.

Daniel fue a comer al día siguiente, después de haberse reído grandemente con sus amigos de la visita, los trajes de las muchachas y de la madre, de la conversación tenida y, por último, de la lágrima de inmensa felicidad, como él decía, que había sorprendido a Andrea.

De aquella manera transcurrieron dos meses, durante los cuales la amistad de Daniel se hizo íntima, ganándose por completo a la familia Quillango.

Andrea recibía a Daniel con cariño, pero hablaba poco, y su madre la increpaba dura e inútilmente después de cada visita por su frialdad y su silencio: la víctima, sin defenderse, callaba y don Santiago solía decir que todo aquello era efecto de la misma pasión.

Las visitas de Daniel eran frecuentes, a veces seguidas, y tomando siempre resueltamente asiento al lado de Andrea, le hablaba a ésta en un lenguaje lleno de fuego, aparentando una pasión que no sentía.

De clara inteligencia, de fácil palabra, con aquella hermosa fisonomía, aquellos ojos negros de penetrante mirada y aquel porte elegante, no hay que decirlo, interesó profundamente el corazón de Andrea.

Ésta escuchaba con la vista baja, contestaba apenas y de vez en cuando levantaba sus ojos como para demandar suplicante que no abusara Daniel del efecto de sus palabras y de su situación.

Para un observador no hubiera pasado desapercibido el cambio completo operado en Andrea: no era ya la atolondrada muchacha de agudos chillidos, de risotadas estridentes, de trajes ridículos y de torpes modales.

Fea, tosca, de facciones groseras, para Daniel era siempre la misma: un ser detestable al que sólo podía ligar su vida para adquirir una fortuna.

Sólo la mirada penetrante de un hombre enamorado descubre ciertas transformaciones que se operan en la mujer amada. El ojo vulgar de un indiferente no ve la melancolía y el sufrimiento en la palidez de una frente, ni la tristeza en cada mirada que se eleva al cielo: como no halla el dolor repercusión en el corazón de un desconocido, extraño, ajeno a

nuestros sentimientos.

Así sucedía con Daniel; la sórdida avaricia le había cegado y no veía que estaba labrando el infortunio de aquella mujer cuyo corazón había interesado, sin quererlo, tan hondamente.

Andrea no era la misma ni en su aspecto, ni en su lenguaje, ni en su traje, ni en sus hábitos.

Sostenía consigo misma una lucha terrible y le causaba un dolor extraño las palabras y el lenguaje de sus padres y hermanas: tenía en su alma algo como una repulsión a sus deudos, que le causaba miedo.

Una noche, afligida y combatido su espíritu, Andrea tomó del estante del escritorio por primera vez la Biblia y trasnochó leyéndola y llorando.

Aquella fuente inagotable de ternura y de consuelo vino en su auxilio, avivando su inteligencia y despertándola al mundo espiritual, desconocido para ella, que estuvo siempre sometida a la estúpida prosa de la más vulgar de las existencias.

Había una luna espléndida: Andrea abrió los postigos de la ventana y aquella luz melancólica inundó su pobre cuarto. Apagó la lamparilla y, sin hacer ruido, caminando apenas, acercó una silla a la ventana levantando sus ojos al cielo y quedó extasiada ante la contemplación de la bóveda inconmensurable.

Era aquella la primera vez que sentía vivir en sí misma su alma; era la primera vez que levantaba su espíritu sobre la miserable existencia que arrastraba y mucho debió pensar aquella noche la infeliz hija de don Santiago Quillango.

Las primeras luces del amanecer la sorprendieron con el rosario en la mano y el rostro inundado en llanto: flotaba ante Andrea la imagen de su Daniel y los temores y sobresaltos de su espíritu le arrancaban lágrimas amargas.

A aquella misma hora Daniel se retiraba del teatro de la ópera con una lujosa máscara que se apoyaba negligentemente en su brazo.

VI

El lector, por las líneas anteriores, comprenderá que el carnaval estaba cercano.

Efectivamente, sólo faltaban ocho días para que llegaran los días de las grandes locuras.

Daniel temblaba fuera a ocurrírsele a la familia Quillango asistir a los bailes de los clubs o los teatros, comprometiéndolo como acompañante, lo que trastornaba sus planes. Quería, por el contrario, despedirse de su vida alegre, en medio de una verdadera tormenta que adormeciera su alma antes de ir al sacrificio.

Convenido con sus amigos, se disponía a gozar de los tres días de carnaval, en paseos, disfraces, bailes, corso, visitas, etc., con esa voracidad propia de quienes viven sólo para los placeres.

Cuando el sábado antes de carnaval supo de boca de Andrea que ella no iba

a ninguna diversión, aparentó sentirlo, mientras le retozaba el corazón de gozo.

Doña Concepción echaba pestes contra los bailes de máscaras, defendiendo el juego de pomos y bombas.

-Voy a hacer levantar mañana la alfombra de la sala. Lo esperamos Daniel

-dijo la madre de Andrea, mientras ésta se agitaba en la silla contrariada.

-Siento señora; pero enemigo de estas diversiones, me ausento mañana a una estancia por tres días.

Andrea sintió su alma inundada de un secreto placer. Daniel se ausentaba, huyendo de la alegría y el bullicio, y aquello podía ser una manifestación de cariño para ella. ¿Sería amada?

Aquellas reflexiones le hicieron sonreír y agradecer con una mirada a Daniel su resolución.

Daniel, preparado a seguir la farsa, había obligado a Baldomero a ir al Azul por algunos días, interesándolo en un mentido proyecto de compra de campos.

Al despedirse y verse en la calle, libre, sin testigos, con tres días de placeres por delante y como perspectiva para después un casamiento que le haría rico, se sintió completamente feliz.

Daniel no sabía que en aquellos momentos, como a todas horas, después que pisó la casa de don Santiago, había un desconocido que espiaba todos sus pasos...

Daniel se dirigió a una casa de la calle de Callao, golpeó una puerta, que se abrió en el acto dándole paso.

Momentos después llegaba un carruaje y se detenía a la puerta de la misma casa.

Daniel apareció con una lujosa máscara y entrando en el carruaje dijo al cochero:

-¡A la ópera!

Partió el coche velozmente y fue a detenerse en el teatro de la ópera, donde descendió la interesante pareja.

Por vigésima vez Daniel no vio al hombre que le seguía y entraba en el teatro con él.

Aquel hombre fue su sombra toda la noche.

Guardando distancia, ocultándose a veces, poniéndose a escuchar después la conversación de Daniel y la máscara, no le perdió a éste de vista un solo momento.

A las 3 de la mañana cenaban Daniel y la máscara en el café de París.

En la mesa del lado hacía lo mismo el desconocido con el aire más indiferente de este mundo.

Los amigos de Daniel se presentaron después, también acompañados de elegantes máscaras, y entre grandes risotadas y apretones de mano se hizo mesa redonda, cayeron las caretas y la conversación general y la alegría más completa reinó en la reunión.

El desconocido fue objeto de algunas pullas de los jóvenes alegres.

-Se ha divertido, no hay duda -dijo uno.

-Y después a dormir -dijo otro.

-¿Pero no estará dormido por dentro?

-Sería capaz de quitarle la compañera -dijo Daniel.

-Es decir la de Priorato , ¡linda muchacha esa!

-Es una compañera que se sienta sobre la mesa!

-¡Y que él la bebe!

Grandes carcajadas saludaban estos dicharachos.

El desconocido, siempre indiferente, comía despaciosamente un bife que "no se acababa nunca" según había dicho Daniel.

-¿Y cuándo hablaremos de aquella famosa historia? -preguntó uno de los amigos de Daniel a éste.

Daniel hizo una seña hacia su compañera.

-¡Ah! ¿el negocio aquél? va bien, viento en popa. ¡De esta vez me voy a hacer millonario!

Las mujeres, y eran muy bellas las tres, lo miraron con ojos codiciosos.

El desconocido se mordió los labios, comprendiendo que se hablaba de Andrea.

La conversación cambió de giro por una pregunta de Daniel y la alegría fue creciente, tomando en ella parte las mujeres aquellas de semblantes quebrantados por la mala noche.

Al amanecer, el desconocido se levantó de la mesa y salió sin que lo apercibieran los jóvenes.

¿Quién era aquel desconocido?

¿Lo es efectivamente para nosotros o lo era sólo de Daniel y sus amigos?

De nosotros es ya un antiguo conocido.

Aquel hombre, que al retirarse del café de París se dirigió a casa de don Santiago Quillango, entrando en ella con toda confianza, era el vecino de don Santiago, el boticario de la esquina de la casa, el antiguo amigo de ésta, el tertuliano infaltable al mate de la oración.

Se llamaba don Pedro Gómez, y era un hombre como de cincuenta años, de cara seria y duro entrecejo, de mirada penetrante de ojos negros y vivos, de cabellos entrecanos, de alta estatura, largas piernas y grandes manos y pies.

Despreocupado en el vestir, don Pedro usaba siempre una levita negra algo raída, cuellos mal doblados y corbata mal atada. Era un hombre honrado, incapaz de una mala acción, leal amigo de sus amigos, antiguo vecino arraigado de aquellos barrios, querido de todos los que le trataban de cerca.

Adusto en su aspecto, tenía un corazón tierno, un juicio recto que suplía su falta de instrucción y una palabra sobria que imponía respeto a sus muchos clientes.

Aquel hombre vio lo que no veía la familia Quillango: el contraste que formaban Daniel y Andrea, lo extraño de aquella presentación, lo inusitado de aquellas visitas, lo extravagante de aquella pasión súbita pintada por Daniel.

Le causó mala impresión el aspecto de Daniel. Hombre de mundo y con experiencia de la vida, temió por Andrea y de ahí que se pusiera en acecho

e hiciera diversas averiguaciones.

Cuando tuvo vehementes sospechas de que el tiro de Daniel era dirigido a la fortuna de don Santiago, se lo contó todo a su mujer y sus dos hijas, en la más absoluta reserva, y exigiendo el más completo secreto.

Su mujer y sus hijas eran dignas de don Pedro, se convencieron, como él, de que Daniel traía consigo la ruina de don Santiago y la desgracia de Andrea.

Fue entonces y después de largas deliberaciones de la familia, que don Pedro resolvió, de acuerdo con ésta, seguir los pasos de Daniel, sin decir nada a la familia de don Santiago.

-Conozco a éste, a su mujer y sus hijas, y al tal Baldomero, que es un tonto. Si les digo cuáles son mis sospechas, es posible, es seguro, que lo pierdo todo: la amistad de todos ellos y cargo a la vez con la odiosidad de ese joven tunante. Cuando adquiera la convicción y tenga pruebas de su conducta falaz, yo hablaré a solas con Andrea. Ella es buena, me quiere, y con todos sus defectos, que los tiene, ha de saber comprenderme, y entonces procederá como le parezca.

Cuando don Pedro, después de la traspasada, fue, al aclarar, a casa de don Santiago los halló a todos durmiendo, las puertas todas cerradas y allá en el fondo, barriendo, a la chinilla.

Conocedor de la casa pidió a la muchacha un mate, y acercándose a la puerta del cuarto de Andrea, golpeó suavemente en los vidrios.

Un momento después se entreabrió el postigo, y luego, pasado un rato, la

puerta se abrió y apareció Andrea con semblante sorprendido.

-¿Qué hay don Pedro? ¿Usted a esta hora? ¿Qué sucede?

-Nada, nada, no hay que alarmarse. Tenemos que conversar, Andrea, y conversar los dos y solos. La hora no puede ser más oportuna: he pedido un mate: vamos al último patio y allí en el emparrado hablaremos.

-Voy a sacar dos sillas -dijo Andrea, pálida por la emoción que experimentaba. Un vago temor, una secreta intuición, un dolor oculto, un terrible presentimiento le decía que don Pedro iba a hablarle de Daniel.

Sentados bajo la hermosa parra, don Pedro tomó una de las manos de Andrea y le dijo:

-Tú sabes cuánto los quiero a ustedes.

-Es verdad, don Pedro.

-Sabes qué clase de hombre soy yo: no deseo hacer mal a ninguno, pero tampoco dejo, cuando puedo impedirlo, que me lo hagan a mí.

Cuando hablo de mí, o de los míos, hablo de ustedes. Pues bien, Andrea, yo no sé qué efecto te producirán mis palabras, pero yo debo ser franco.

-¡Diga usted, por Dios!

-¿Tú quieres a Daniel?

Andrea no respondió y bajó la cabeza.

-¡Eso quiere decir que lo quieres! ¡Y, sin embargo, no debes quererlo! ¡y debes romper con él cuanto antes, hoy mismo!

-¿Romper? ¿y por qué?

-Porque Daniel no es el hombre que te conviene, porque sus hábitos de vida airada, su educación, sus despilfarros, su corazón seco, su falta de...

-¡Es usted muy cruel!

-No lo creas; ¡y tú debes estar muy enamorada! ¡Si estás cambiada! ¡si no eres la misma! ¡si tus palabras, si tu actitud, si todo está cambiado en ti hace algún tiempo! ¡Ah! ¡todo eso es obra del amor!

-Es verdad.

-¡Vaya si lo conozco! como que he vivido cincuenta años y sé lo que son los hombres y las mujeres. Tú eres otra, repito, y Daniel no te merece...

-Al contrario... Una mujer fea como yo...

-Al menos no eres linda: ya sabes que yo hablo así. Pero tú eres una buena mujer, que harías feliz a cualquier hombre que, conociéndote y apreciándote, quisiera enseñarte y modificar tus faltas de educación, que las tienes, y no es por tu culpa.

-Todo eso es verdad.

-Como es verdad que no es Daniel el hombre que ha de levantarte a donde tú mereces, porque tú puedes subir mucho, aprender mucho, leer mucho, observar mucho y ganar cada vez más en el concepto de tu marido. ¡Pero Daniel, hija! Daniel es un ser inservible, incapaz de mejorar él mismo! es uno de esos hombres que viven a costa de los demás, sin traer más que descreimiento y hastío como contingente al mundo.

-Eso, don Pedro...

-Eso, eso es la verdad, Andrea. Comprendo que estás rebelándote contra mí...

-No señor...

-No tus labios, tu corazón que ama, Andrea, y que quisiera defender a Daniel.

-Es verdad.

-Si lo sé todo, sin que tú me lo digas. Comprendo la lucha que estás sosteniendo desde que conociste a Daniel, la que estás sosteniendo en este mismo momento...

-Sufro mucho... y no digo nada porque no veo...

-Porque no ves a tu alrededor una persona capaz de comprenderte; porque tus padres y hermanas no están... en fin, no pueden comprenderte. Yo no tengo inteligencia ni hablo bien, pero soy capaz de dar un buen consejo y tengo previsión y hablo claro. Tú te has modificado, te has transformado. Mucho me hacía sufrir tu modo de ser antes: eras locuaz, gritona, vacía, fútil, hablabas de todo y decías muchas tonteras, y hoy... vaya, ¡estás cambiada!

-Siga usted... Le estoy oyendo con verdadera satisfacción. Es verdad; yo misma me siento transformada. Es que durante este último tiempo me he reconcentrado, he ido a los libros y he leído y pensado mucho y se ha abierto para mí un mundo que no conocía. Pero... también comprendo la causa de mi transformación.

-Es Daniel, es el amor que te inspira, ya lo sé y, sin embargo, es necesario romper con...

-¡No me lo diga usted, por Dios!

-Al contrario, te lo digo y te lo repito: ¡Daniel no es digno de ti!

-Más bien yo...

-él es el indigno. ¡Se burla de ti! ¡Te lo juro!

Andrea se levantó como herida de un rayo. Don Pedro se sonrió, complacido, y agregó:

-¡Se burla de ti, no te quiere, pretende tu mano para tener de qué vivir!

-¿Es verdad eso? Déme usted las pruebas y yo sabré proceder; déme las pruebas...

Andrea se tomó de las rejas de una ventana; estaba lívida, con las cejas contraídas y la mirada centelleante.

Era algo más que una mujer fea en aquel momento; era una mujer colérica, herida en su orgullo, amenazada en su honor, que se erguía vengadora.

¡Nadie hubiera reconocido en aquella mujer a la ridícula Andrea de otros tiempos!

-¿Quieres las pruebas? -dijo don Pedro levantándose y poniendo sus manos sobre los hombros de Andrea.

-Sí, las exijo, por la amistad que usted nos profesa.

-¿Estás dispuesta a todo?

-A todo.

-¿Quiéres seguirme? ¿Quiéres acompañarme esta noche a un baile de máscaras?

Andrea no contestó; se agarró la cabeza con ambas manos y permaneció largo rato silenciosa. Luego, levantando la frente con ira, dijo:

-Comprendo: ¡quiero verlo por mis propios ojos!

-Esta noche mi mujer y yo te acompañaremos. Es necesario que nadie lo sepa, ¡ni tus padres!

-Haré lo que usted me diga.

Don Pedro y Andrea convinieron en la hora y manera de salir de la casa sin ser sentidos.

A las doce y media de la noche tres personas disfrazadas con dominós y caretas negras entraban en el teatro de la ópera.

Eran don Pedro, su esposa y Andrea.

ésta, apoyada en el brazo de don Pedro, temblaba como una azogada.

Aquel bullicio, aquella vocinglería, aquellos gritos y dicharachos, aquel mundo de máscaras y vestidos de todos colores, la música, las bromas, el baile, todo eso era desconocido para la pobre hija de don Santiago Quillango.

Pero el orgullo herido da fuerzas a la más débil de las mujeres.

-Valor -le dijo al oído don Pedro.

-Lo tengo: ¡vamos, quiero verlo! ¡Allí está!

-¿Dónde? ¿dónde?

-En aquel palco.

-¿Y esa máscara que está a su lado?

-¡Es una máscara! -murmuró don Pedro irónicamente.

-¡Vamos a hablarle!

-Sería imprudente.

-¡Quiero hacerlo!

-Espera... más tarde, cuando yo te lo diga y en la ocasión precisa.

Efectivamente, a las dos de la mañana, en el café de París y en la misma mesa que la noche anterior, don Pedro y las dos mujeres se sentaron.

Momentos después entró Daniel con su compañera, sus amigos y las compañeras de éstos.

Ocuparon la mesa inmediata y entre las mismas risotadas de la noche anterior se dirigieron al grupo de los dominós negros.

-¿Qué tal, mascaritas, se han divertido? -les preguntó Daniel queriendo trabar conversación.

-Algo -dijo don Pedro en su voz natural.

-Alguna cosa -agregó la esposa de aquél también en voz natural.

-¡Bravo! -gritaron los amigos de Daniel. ¡A la salud de las máscaras que hablan!

-Y de las mudas -terció Daniel sorbiendo una copa de vino y aludiendo a Andrea que permanecía callada.

-¡Que hable la muda!

-¡Que diga alguna cosa!

-¡Que nos cuente su historia! -dijo Daniel.

Andrea lloraba bajo el antifaz, mientras sus puños se crispaban de ira.

-¡Eso, eso es! ¡eso es! -gritó don Pedro -¡que la muda cuente su historia!

-Yo la sé y hablaré por ella si persiste en callar -dijo la esposa de don Pedro.

-¡Hip, hip, hurra! ¡a la interesante mascarita que nos va a contar una historia en el primer día de carnaval! -exclamó Daniel riéndose a carcajadas.

-A los postres -dijo don Pedro-, cenemos por ahora.

Andrea no quiso aceptar el primer plato, que retiró con la mano.

-¡Y tampoco cena la muda!

-¡No sólo le falta lengua, sino dientes!

-¡Respeto a los inválidos!

Don Pedro se rió de buenas ganas, aparentando seguir las bromas.

Andrea siguió imperturbable: había reaccionado por completo y saboreaba el secreto placer de la venganza.

A los postres, la esposa de don Pedro comenzó a contar la historia de Andrea y Daniel, suprimiendo nombres.

Pintó a Daniel y a sus amigos como a unos calaveras del peor género.

Cuando llegó a la despedida del primero en la víspera de un carnaval,

Daniel no pudo contenerse y, parándose, exclamó lívido.

-¡Yo necesito saber quién eres, máscara!

Sus amigos, como él, estaban demudados; habían comprendido que se trataba de Daniel y Andrea.

-Te juro que me voy a quitar el antifaz... cuando termine -dijo la esposa de don Pedro.

-No, ahora, inmediatamente -vociferó Daniel, acercándose con ademán agresivo.

-¡Alto ahí! -exclamó Andrea levantándose-: ¡ahora... habla la muda!

Y se arrancó la careta con rabia.

-¡Andrea! -dijo Daniel dando dos pasos atrás. Quiso hablar y no pudo: de su pálida frente corrían gruesas gotas de sudor y le temblaban los labios.

-Vamos -dijo Andrea-. ¡Daniel, adiós!

Y salieron los tres dominós negros, dejando don Pedro, sobre la mesa, un billete de banco y entre las manos del absorto Daniel su tarjeta.

Andrea, una vez en la calle, no pudo resistir por mayor tiempo y se arrojó, desolada, en brazos de don Pedro.

-No hay que rendirse -exclamó éste, levantando con decisión la cabeza-.

Mira que el día asoma, vienen máscaras y te van a ver sin antifaz. Póntelo y vamos.

Andrea se acomodó como pudo el antifaz y tomó el brazo derecho de don Pedro. En el izquierdo se apoyaba la esposa de éste, valerosa y honrada mujer que había tomado parte en aquellas escenas con una indignación y una cólera que aún estremecían su cuerpo.

Con todo género de precauciones, Andrea volvió a su casa, penetró sigilosamente en ella con las primeras luces del día y al despedirse de don Pedro y su esposa, no pudiendo articular palabra, los abrazó con efusión y sollozando.

-Hasta mañana, hija mía. Quizá he sido cruel y te he hecho sufrir demasiado para enseñarte la realidad, pero ahora no dudarás y sabrás proceder. Yo soy así, ya sabes.

Momentos después Andrea se desplomaba sobre su lecho deshecha en lágrimas.

Cuando serenada un tanto se sentó en el borde de la cama y recostada la cabeza en una mano comenzó a recorrer los sucesos, unos después de otros, cualquiera que la hubiera visto la habría creído con su razón extraviada.

Dilatadas las pupilas, fijos los ojos en el pavimento, contraídas las

cejas, pálido, amarilloso el semblante, la inmovilidad de sus músculos, parecía acusar un trastorno cerebral.

Era que sus pensamientos y sus preocupaciones, era que sus facultades mentales estaban reconcentradas en un punto: Daniel.

Parecíale a Andrea imposible haber sido objeto de una burla tal. Era todo aquello una ofensa sangrienta que se le infería, era una infamia, una explotación indigna... Daniel merecía un castigo severo, ejemplar, que no pudiera olvidar nunca.

Y entonces sobrevenían los recuerdos confusos y las esperanzas del pasado.

¿No podría todo aquello ser una broma disculpable? ¿una calaverada corregible? ¿no existiría en el corazón de Daniel un cariño secreto hacia ella? ¿No cometen faltas todos los hombres? ¿Somos acaso seres perfectos? ¿Y el arrepentimiento? ¿Y el perdón? ¿Y la enmienda? ¿No es posible esperarlo y conseguirlo todo del amor?

En aquel otro orden de ideas, Andrea, a sabiendas quería engañarse, pero la escena del café de París volvía a su mente, tenía en sus oídos fijo, claro e hiriente el eco de la voz de Daniel y aún le parecía escuchar las carcajadas de aquellas mujeres de bellos rostros y blancos dientes.

Recordaba luego el baile de máscaras, aquel palco en que Daniel se hallaba acompañado de aquella odiosa desconocida. En fin, pensaba en la última visita de Daniel y sus palabras falaces, en su mentido viaje al campo, en la opinión y los consejos de don Pedro, y todo esto aceleraba los latidos de su corazón y le oprimía el pecho angustiosamente.

No era una lucha de fuerzas iguales la que Andrea sostenía entre su

corazón y su cabeza. Su corazón herido en la cuerda delicada del noble orgullo, se sentía indignado contra Daniel, se sentía inclinado a la venganza, se sentía vejado y sediento de reparación a la vez.

El juicio severo, la observación tranquila y la reflexión constante sobre todo lo pasado, afirmaban los movimientos sensibles del corazón.

No era, pues, en el fondo una lucha con respecto a la conducta de Daniel la que sostenía Andrea para sus adentros.

La lucha era entre su amor y la ofensa, entre el cariño y el desengaño, entre el instinto apasionado y la burla sangrienta. Era siempre el amor buscando reciprocidad y compensación aun en medio de las lágrimas del infortunio.

Andrea sacudió al fin la cabeza como quien resuelve una situación por un acto de energía.

Y, efectivamente, la resolución estaba adoptada con verdadera decisión.

Juró el olvido.

VII

El lector puede imaginarse la estupefacción en que quedaron Daniel, sus amigos y las máscaras.

Cuando reaccionando Daniel volvió a su asiento queriendo reanudar la alegría, halló tal frialdad en sus compañeros que no atinó a otra cosa que

a tomar la tarjeta que había arrojado sin leer sobre la mesa. Tenía el nombre de don Pedro Gómez y la calle y el número de su casa.

Los amigos de Daniel tartamudaron algunas palabras y pidieron postres y café de mal humor.

Las mujeres, enojadas a su vez con Daniel, le increparon duramente su conducta, haciéndole objeto de punzantes burlas.

Concluyamos, dijo, y llamó al mozo que los servía para abonar la cena.

Hecho esto, Daniel tomó su sombrero y salió precipitadamente.

-¿Me dejas, Daniel? -preguntó levantándose airada su compañera de las máscaras.

-¡Al diablo todas ustedes! -gritó Daniel sin dar vuelta la cara.

-¡Eres un villano! -vociferó la mujer arrojándole una botella de vino que se estrelló en un espejo.

Daniel se volvió lívido.

El escándalo se había producido. Los gritos de las mujeres, los insultos dirigidos a Daniel, las palabras de éste y sus amigos que le increpaban a su vez su conducta, formó tal algarabía, que los demás que cenaban hicieron círculo, y agregaron sus burlas y rechiflas a la escena.

Daniel salió de allí rompiendo con sus amigos, con su nombre en la picota del escándalo, en una de esas terribles situaciones que suelen precipitar al hombre a los últimos extremos.

Las iras de Daniel necesitaban reconcentrarse en algún ser viviente y recordó a don Pedro y estrujó su tarjeta y juró vengarse del que le había

tendido aquella red.

Descompuesto el semblante y febriciente, llegó a su casa y se arrojó vestido sobre el lecho.

¿No estaba vengada Andrea?

Aún no, aún debía Daniel soportar crueles dolores.

En medio de la confusión de ideas y de ese malestar profundo que causa una lucha sostenida con los dolorosos recuerdos del pasado, el sueño lo venció...

VIII

Cuando despertó Daniel eran las dos de la tarde. Quiso incorporarse y no pudo hacerlo: sentía pesados y doloridos los párpados, ardiendo la cabeza, seca la lengua y anhelante el pecho.

Haciendo un gran esfuerzo pudo alcanzar una campanilla que agitó nerviosamente y cayó de espaldas en la cama.

Acudió el sirviente y se acercó agitado a la cama.

Daniel le miró con ojos inyectados de sangre y balbuceó apenas:

-Un médico.

Corrió el sirviente, dio sus órdenes y volvió al lado de la cama consiguiendo, con gran dificultad, desnudar y acomodar al enfermo.

Daniel vivía en una casa pequeña que sólo ocupaba él, una vieja cocinera y

su sirviente.

Su madre y su hermana, dos excelentes mujeres, una pura virtud, otra pura inocencia, vivían pobremente en un barrio apartado, garantiendo la subsistencia de ambas una exigua pensión acordada a la viuda por los buenos servicios militares prestados en vida por su marido.

Un día en que la madre quiso obligar a Daniel a una vida regular, éste se sublevó y tomó casa, haciendo en la de su madre una corta visita todos los días.

La madre de Daniel supo pronto la enfermedad de su hijo. La vieja cocinera que fue en busca del doctor Pirovano pasó luego a la casa de aquélla y le avisó la triste nueva.

La pobre madre, que tenía puesto su cariño en aquel hijo único que tantos disgustos le había costado, corrió a la casa del enfermo.

Era la primera vez que subía aquellos escalones y lo hizo saltándole el corazón dentro del pecho, agarrándose temblorosa al pasamano, porque creía desfallecer a cada momento.

Así llegó, apenas y vacilante al cuarto de su hijo, arrojándose desesperada sobre él y cubriéndole de besos.

-¿Qué es eso, Daniel? Hijo mío, ¿qué tienes?

-No es nada, madre -dijo Daniel con voz apagada.

-¿Cómo no es nada? Pero hijo, tú te buscas estas cosas, te apartas de tu madre y tu hermana, vives solo y llevas una vida...

-¡Madre, perdón! -murmuró Daniel.

-¿Y cuándo no estás perdonado? Pero esto no puede seguir así; tú tienes

que volver sobre tus pasos, volver a tu madre, a esta anciana, Daniel, que te idolatra.

-Madre -volvió a murmurar Daniel sollozando.

-¡No llores, hijo de mi alma! Vaya, entereza, estás enfermo y va a venir el médico. En esta pieza hay mucha luz, mucho calor y... ¡qué desorden!

La noble mujer serenó su semblante y asumió su papel de madre y dueña de casa. Dio orden de sacar una porción de objetos que estaban mal desde que ella entró en aquel cuarto.

-Llévate esos adornos -dijo en voz muy baja al sirviente-; y bájate todos aquellos cuadros...

-Señora...

-Haz lo que te digo sin replicar. Y esos retratos... ¡échalos al fuego! Y esas flores secas, y ese álbum y aquellas tarjetas sueltas guárdalas por ahí bien ¡y donde yo no las vea ! Trae agua fresca en esta jarra, cambia toallas, quita esos perfumes, lava esa piedra mármol...

Doña ángela, la madre de Daniel, entornó los postigos de la ventana, arregló las sillas, corrió las cortinas de la cama y volvió al lado de su hijo que dormía estremeciéndose a cada momento. Una fiebre devoradora encendía sus pómulos, un sonido ronco que se escapaba de su garganta acusaba la gran agitación que conmovía su cuerpo.

Por fin anuncióse la llegada del doctor Pirovano.

El noble médico penetró en la pieza y saludó a doña ángela con ese aire preocupado que le es propio cuando se trata de un amigo enfermo y Daniel

había sido un antiguo amigo de aquél.

Examinó a Daniel con gran atención, le tomó el pulso, abrió sus párpados, siempre observando con ojo atento, puso su cabeza sobre el pecho jadeante del enfermo y dijo después guardando el reloj:

-Señora, no es posible asegurar qué es lo que tiene Daniel. Es una enfermedad que se anuncia. Hay fiebre alta y un cuadro de síntomas que sólo señalan hasta ahora una gran perturbación en todo el organismo.

Debemos esperar: entre tanto recetaré algunas medicinas que tienen sólo por objeto esperar mejor lo que sobrevendrá...

La madre lloraba. Muy tristes pensamientos embargaban su imaginación. Ignacio Pirovano, que es un hombre de tanta inteligencia como de noble corazón, conoció todo lo que pasaba por el alma de aquella madre desolada, combatida tan duramente por el infortunio y tuvo entonces palabras tales de consuelo y dichas con aquel tono franco y sincero de su carácter, que la pobre madre enjugó sus lágrimas despidiéndose del amigo y del médico con un efusivo apretón de manos.

IX

La enfermedad de Daniel se declaró al fin: era terrible.

-Es viruela -dijo el doctor Pirovano a los pocos días.

-¿Benigna? -preguntó ansiosa doña ángela.

-Quizá sí -replicó el noble médico, queriendo ocultar la verdad- ¡Pero como no ha sido nunca vacunado!

No pasaron muchos días sin que la viruela comenzara a hacer sus estragos.

La cara y el cuerpo de Daniel se cubrieron de pústulas rojas y la fiebre intensa trajo el delirio.

El enfermo hablaba con acento claro, en voz alta y con esa lucidez propia del estado delirante.

El nombre de Andrea era objeto de los extraños monólogos de Daniel.

Doña ángela, que obligó a los sirvientes a dejarla sola junto a la cabecera de su hijo, lloraba amargamente ante las terribles revelaciones del enfermo.

-No, no merezco sino el desprecio -decía Daniel con la vista extraviada y la respiración agitada-. Andrea ¡tu debes maldecirme! ¡Te engañaba, burlaba tu noble corazón, pero eran ellos! ¡era mi vida! ¡era...! ¡ah! ¡qué semblante el suyo! ¡cuánta dignidad en la expresión...! ¡mi madre...! ¡Andrea!

Y caía en una somnolencia afligente.

Doña ángela retenía aquellas palabras que llegaban al fondo de su alma.

¿Quién es Andrea? se preguntaba la buena mujer. ¿Por qué dice que merece su desprecio?

De pronto Daniel volvía a levantar la voz:

-¡Don Pedro Gómez! ¡es el boticario! ¡lo desafiaré, lo mataré! -gritaba con rabia-. él la acompañaba... me tendió una celada... pero yo lo merecía, yo...¡yo soy indigno de batirme con ese hombre honrado!

Así transcurrieron varios días, aumentando la gravedad del enfermo.

Una tarde, a oraciones, acababa de retirarse el médico sin dar mayores esperanzas a la desolada madre.

Ésta quedó sola con Daniel, que dormía agitado y convulso.

Unos golpes dados a la puerta sacaron a doña Ángela del estado de preocupación en que se encontraba.

El fiel sirviente apareció con una tarjeta en la mano:

-Traen esta tarjeta para usted.

Doña Ángela leyó en ella estas palabras: Pedro Gómez desea hablar con la señora de Campeón .

-Haz entrar a ese señor a la sala -dijo doña Ángela, agitada al recordar que su hijo acababa de nombrar aquel desconocido, mensajero quizá de nuevos infortunios.

La hermana de Daniel quedó al cuidado de éste y doña Ángela pasó a la sala.

Al saludar a don Pedro, una sola mirada de investigación tranquilizó su espíritu. Halló en aquel semblante esos rasgos que anuncian un carácter noble y franco.

Don Pedro, sin mayores preámbulos, luego que supo el estado real del enfermo, dijo:

-Pues bien, señora, yo no soy un desconocido para Daniel. Ya ve usted, me nombra y con palabras entrecortadas dice que soy un hombre honrado. Lo soy, señora: su hijo de usted me hace justicia. Usted ha de sospechar que

algo terrible ha pasado entre nosotros, que hay una especie de misterio en el que va envuelto mi nombre y yo quiero, yo necesito, yo exijo de usted que me escuche con calma, con toda aquella que es posible que tenga en los tristes momentos por que está pasando.

-¡He sufrido tanto, señor!

-Lo sé, señora, lo sé, y no está en mi mano el impedir que sufra usted hoy mismo; porque es necesario que usted sepa todo lo sucedido. Seré breve.

Daniel, señora, fue presentado a casa de un buen amigo mío, que tiene tres hijas, una de las cuales decía que interesaba su corazón.

Mi amigo es un hombre infeliz, incapaz de hacer mal a nadie, pero también incapaz él, como su mujer y sus hijas, de interesar absolutamente, por su educación, ni por su trato, ni por sus hábitos. Ignorantes, sencillos hasta lo grotesco, ricos, pero sin saber gastar el dinero, vivían en un aislamiento tal que ignoraban completamente todos los goces de la capital, y no aspiraban a otra cosa que a vivir tranquilamente.

Pues bien, señora, a aquella familia se presentó Daniel. Usted, madre, mujer de experiencia, comprenderá desde el primer momento que no había puntos de contacto entre Daniel y la familia Quillango...

-¡Por supuesto!

-No era, pues, una simpatía lo que llevaba a Daniel allí; era, señora, simplemente el interés: Daniel buscaba un enlace que lo hiciera rico.

-Señor, considere usted el estado de mi hijo y el mío en estos momentos: ¡no me mortifique usted más!

-Es necesario, señora; yo he venido a darle a usted una explicación porque

quiero solicitar de usted una gracia, un servicio... Escúcheme usted.

Don Pedro narró punto por punto todas las peripecias pasadas hasta llegar a la transformación operada en Andrea. Doña ángela se levantó varias veces para ir al cuarto de su hijo y observarlo.

-¿Cómo se encuentra? -preguntó una vez don Pedro.

-Está calmado; ahora duerme. Continúe usted y pase por mí este cáliz. ¡Esa pobre muchacha me ha interesado el corazón!

-¡Ah, señora! ¡y si usted la hubiera conocido antes como yo! torpe, ineducada, sin la menor instrucción, sin el mínimo interés, tan pobre de físico como de apocado espíritu. Ella no conocía otro mundo que el círculo estrecho de la vida prosaica de su familia; fue Daniel el que abrió a su inteligencia horizontes desconocidos; fue Daniel el que hizo vibrar la fibra adormecida de una exquisita sensibilidad; fue Daniel el que hizo nacer en aquel corazón el amor con todas sus grandes aspiraciones y su sed de impresiones generosas y sinceras. ¿Cómo resistir, aquella pobre alma, a las seducciones de Daniel, su hermoso hijo, de mirada brillante y palabra fácil?

-¡Pobre Andrea!

-Sí, señora, pobre, porque era engañada, porque ella misma lo vio por sus ojos enrojecidos ya entonces por el llanto.

Doña ángela escuchaba aquella relación con el gesto de la más grande sorpresa en el semblante.

-¿Y Andrea fue con usted? -preguntó cuando llegó el momento en que don

Pedro contaba su proposición para asistir al baile de máscaras.

-Fue, sí, señora, por lo que yo necesitaba que ella misma recibiera el golpe del desengaño: entre un casamiento sin cariño o un desengaño terrible, prefería el desengaño. Yo quiero mucho a Andrea, señora.

-La quiero yo, sin conocerla -exclamó doña ángela con los ojos arrasados en lágrimas.

-Y más la querrá usted cuando sepa todas sus desventuras y cuando... la conozca, si usted alguna vez quiere honrarla con su amistad y sostenerla con su consejo.

Don Pedro, con la voz emocionada, siguió narrando los sucesos. La pobre madre no pudo soportar el desenlace y doblándose su cabeza como el árbol bajo el peso de la tormenta, se cubrió la faz con ambas manos en la actitud de la más profunda desolación.

-¡Ah señora, ¡cuánto sufro yo también! Pero es el destino y... el deber los que me han traído aquí. Andrea, desde aquella horrible noche, resignada, aunque llorosa y abatida, tiene enferma el alma.

-¡Ah! ¡lo comprendo, señor!

-Ya no es aquella muchacha habladora, ligera, torpe e ignorante, pero ya no es tampoco la Andrea feliz que cifraba toda su dicha en los trapos y zarandajas ridículas con que cubría su cuerpo.

-¡La pasión lo transforma todo!

-Todo, señora, es verdad; y yo he podido observarlo cada día, cada hora, cada momento, porque soy el compañero, el amigo, ¡el verdadero padre de Andrea!

Don Pedro no pudo contener dos gruesas lágrimas que rodaron por sus mejillas y que estremecieron el corazón de la pobre madre.

-¿Y qué puedo hacer yo en estos momentos?

-Un gran bien, señora -dijo don Pedro, poniéndose de pie.

-Diga usted.

-Permitir la entrada de Andrea en el cuarto de su hijo: darle a aquella alma lacerada el consuelo inefable de acompañar al ser que se ama; permitirle a una mujer honrada, a una niña humilde, pero buena, tierna, generosa, que sea la hermana de caridad de un enfermo postrado por una dolencia terrible; aceptar esta prueba del más puro y más grande de los amores; levantar de su postración a ese ser indefenso que el mismo Daniel hizo víctima de sus extravíos; compensar, señora, a Andrea Quillango, darle fortaleza a mi pobre hija estrechándola usted entre sus brazos, madre virtuosa, noble viuda, mujer abnegada! ¡Señora: yo se lo pido a usted de rodillas, si es necesario, deje usted que Andrea la acompañe en estas horas de amargura!

Doña ángela, con la frente levantada, cubierto el rostro de lágrimas, tendió sus dos manos a don Pedro que las estrechó con efusión.

-Señor -dijo-, traiga usted a Andrea; que venga pronto aquí, la espero.

¡Oh! ¡bien merece mi cariño y mis consuelos!

Don Pedro salió ebrio de gozo.

Su misión estaba cumplida: iba a llevar a Andrea una respuesta satisfactoria a su cariñosa demanda.

X

Transcurrieron muchos días. El estado de Daniel era cada vez más grave.

En tan poco tiempo ¡cuánta transformación! Aquel cuerpo escuálido, aquel semblante despedazado por las viruelas, aquellos ojos enrojecidos, parecía que no podían inspirar interés alguno ya sobre la tierra.

Pero a la cabecera del enfermo velaban constantemente dos mujeres, que seguían anhelantes la respiración agitada de aquél.

Eran doña ángela y Andrea; era la madre, con el corazón puesto en el hijo, y era la mujer que ama y se identifica con el ser amado; eran las dos grandes pasiones de la vida: la pasión de la madre y de la esposa; era siempre la pasión del espíritu que no ve carne enferma en el cuerpo postrado; eran dos mujeres abnegadas que se fortalecían con las miradas; eran dos amores que se completaban y se confundían sin celos ni temores.

¿De qué no es capaz el corazón de la mujer? ¿Qué fuego sagrado la alienta cuando vela por el padre, por el hijo, por el esposo, por el hermano?

¿Quién no ha sentido sobre su frente, en medio del malestar de la fiebre, el ósculo maternal?

¿Quién no ha sentido en su mano en medio de los grandes dolores, físicos o morales, la dulce presión de otra mano amiga, de la esposa, la madre, la hija o la hermana?

¿Quién no ha escuchado esas palabras de inefable consuelo que sólo brotan de los labios de una mujer?

¿Quién no ha visto en las horas tristes de una larga enfermedad, cuando se entreabren los ojos perdiéndose la cuenta de las horas, quién no ha visto una mujer rezando ante el lecho, con el semblante sereno y la mirada levantada al cielo?

¡Ah! sólo los malvados sin hogar y sin vínculos sufren abandonados, sin el auxilio y el consuelo de esos ángeles de la caridad.

Así, en medio de aquellas largas veladas, doña ángela y Andrea se comprendieron, estrecharon amistad, se hicieron confianzas íntimas y fundieron sus almas en una sola aspiración: ¡la salud del enfermo!

XI

Una noche, Daniel abrió los ojos de una manera particular: podía decirse que era la primera vez que miraba desde que se agravó su enfermedad.

Andrea, al observarlo, se retiró sigilosamente del lado del lecho, escondiéndose tras de las colgaduras; temía una fuerte impresión de parte de Daniel.

éste echó una mirada a su alrededor.

-Madre -dijo con voz débil-, ¿quién estaba aquí?

-Nadie, hijo. ¿Cómo te sientes?

-Ahora muy bien: es como si despertara de un sueño y juraría que he visto a mi lado a...

Y el enfermo se detuvo.

-¿A quién, Daniel?

-A una mujer, madre, ¡que amo!

Aquellas palabras fueron pronunciadas con cierta exaltación. Doña ángela no supo qué decir.

-Quiero hablar con usted, madre.

-Después, Daniel, no te esfuerces, te va a hacer mal.

-No, ahora mismo, mañana quizá...

Y suspiró angustiosamente.

La pobre madre se inclinó sobre el lecho y oyó de boca de su hijo enfermo la revelación de su amor.

-Hoy -decía Daniel-, que estoy postrado y quizá para siempre, ¡yo quiero que sepa Andrea que la amo! En medio del delirio sin tregua, su imagen me ha acompañado, madre; he oído su voz, he escuchado palabras de consuelo; ¡mi alma se ha identificado con la de Andrea!

ésta lloraba silenciosamente: jamás había experimentado su alma mayor felicidad: ¡era amada de Daniel!

Inútiles fueron los esfuerzos de doña ángela para serenar al enfermo.

-Yo iré -dijo la madre-, y mañana vendrá esa niña.

-Mañana no ¡ahora! ¡ahora mismo! ¡Quiero verla! ¡quiero hablarla! ¡ah! ¡y en qué estado va a encontrarme! Madre: este último favor: ¡que venga

Andrea!

-Te prometo que la verás esta noche.

Daniel estrechó agradecido la mano de su madre.

Doña ángela salió del cuarto haciendo una ligera seña a Andrea para que permaneciera oculta.

El enfermo cerró los ojos y se quedó dormido. Entonces salió Andrea del cuarto cayendo luego en brazos de doña Angela que murmuró a su oído ¡hija mía!

Doña Angela envió a buscar al doctor Pirovano que llegó pocos momentos después. Enterado en todos sus detalles de lo que pasaba, examinó al enfermo y le halló bajo la impresión de una reacción saludable.

-Hay mucha menos fiebre y síntomas de una notable mejoría -dijo-; pero el estado es siempre muy delicado.

Daniel dijo a su amigo que no le impidiera llenar su deseo. Todos los empeños fueron inútiles y a las objeciones de su estado deplorable, de su aspecto y, por último, del contagio de la enfermedad, exclamó con voz alta y en tono resuelto :

-Ahora ya no lo pido: lo exijo. Perdónenme, pero temo que mañana sea tarde.

El lector puede imaginarse todo lo terriblemente conmovedor de la escena que sobrevino cuando tuvo lugar la entrevista entre Daniel y Andrea.

Por más esfuerzos que ambos hicieron, la impresión fue profunda para los dos.

-¡Andrea de mi alma! -exclamó Daniel al verla-: antes que nada una sola palabra de usted, ¡perdóneme!

Andrea no pudo hablar, corrió al lado del lecho y tomándole una mano la besó con pasión.

Quiso el enfermo retirarla sin poder conseguirlo y dijo:

-¡Su perdón, Andrea!

-¿Perdonar yo? ¿Perdonarlo a usted? ¡a mi Daniel, que estuvo siempre perdonado!

-Gracias, noble amiga. ¡Y aun en este estado me lo dice! ¡Y no huye de mí! ¡y besa mi mano enferma y contagiosa! Madre, basta, abrace usted a su hija y llévela de aquí. Que no se despida de mí: ¡me faltan las fuerzas!

XIII

Seis meses después Andrea y Daniel se unían para siempre con los sagrados lazos del matrimonio.

La enfermedad había dejado en el rostro de Daniel aquellas señales indelebles de las viruelas.

No era el Daniel turbulento de otros tiempos; era, a su vez, el Daniel transformado por el amor y los sentimientos nobles; por eso brillaba en sus ojos esa luz extraña del espíritu que ha vencido a la carne.
¡Así se completaron y transformaron dos seres que parecían nacidos para no entenderse ya jamás!

FIN

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

